

Brecha

AÑO I

ARTES

DICIEMBRE DE 1956

LETRAS

Nº 4

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loria. — Teléfono 5640 - Apartado 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO. Rubén Darío. — Precio: 1 colón

Henos en el jocundo mes de las fiestas. En la altura comienzan a brillar las constelaciones de invierno, las más esplendorosas y abundosas del firmamento. La estrella de Sirio, la más grande y radiante de todas las estrellas, abre su cáliz de argento. Para los antiguos egipcios, este astro era sagrado: coincidía su aparición con las inundaciones del Nilo, es decir, con la fecundidad, con el anuncio de las pródigas cosechas, y el hombre bajaba la frente al contemplarla. En todas partes el cielo invernal guarda los más encendidos fulgores para que sus reflejos influyan el alma humana, llenándola de suave y blanca luz y de alegría.

Para el mundo cristiano, Diciembre es sólo júbilo. La Purísima Concepción, cuyo novenario es grato festival en muchos pueblos, abre las páginas del mes con sus cantos a la Reina de los Cielos. En la nube, en la brisa, en todo cuanto de sutil tiene la atmósfera, van cabalgando el aleluya y el hosanna, mientras las parejas de enamorados se miran a los ojos y las personas maduras se sumergen en los sueños, añorando el pasado, abismadas en el cómo, en el por qué, rumiando estrellas en místicas saudades. La Esperanza prende su antorcha en los corazones mientras Venus enciende su plateado farol, convertida en el lucero del Niño.

NAVIDAD

Las constelaciones de invierno están en su apogeo, desplegando su zoldo de gloria para dar mayor esplendor a la dulce fiesta de la Navidad. Los vientos del Norte

vienen a refrescar con su hálito polar el ambiente jubiloso y los cielos sin nubes dejan ver el polvo

de oro que va regando el rodar de las esferas, del cual se desprende la música cósmica que llenaba

DICIEMBRE

Por Proteo



Ilustra Juan Manuel Sánchez



Yo vengo de ver, Antón,
un niño en pobreza tales,
que le dí para pañales
las telas del corazón.

Lope de Vega

de gozo el oído arrobado de Pitágoras. Venus se convierte en copa de luz que se alza en el más hermoso ofertorio de la ritualidad azul. Es el solsticio de invierno en toda su plenitud, en toda su grandeza. Es el triunfo de la alegría terrenal que se ajusta maravillosamente a la armonía sideral.

Desde su entrada, Diciembre y su cortejo de ilusiones han impreso en cada pecho su encendido tinte de alegría en ciudades y campos. En calles y caminos vaga un espíritu peculiar: la modalidad que los caracteriza durante el resto del año ha desaparecido para dar paso a una forma contagiosa de movilización colectiva, de la marea humana que se agita y se prolonga, rumorosa, alucinada, buscando las ermitas campesinas o sobre las aceras, noblando el aire de regocijada vovinglería y de gratos sonos alados. Hay una especie de hervor vital, de onda espiritual que exaltan la alegría e impelen al recorrido en busca de los regalos tradicionales.

Pero el verdadero regocijo de Diciembre está en la devoción de la ternura, porque son los niños quienes dan la pauta a seguir, con sus risas, sus entusiasmos y esperanzas pascuales. Apenas Diciembre abre sus vitrinas, la ciudad luce sus juguetes, sus telas de colores, sus decorados en que las bellas hojas rojas del arbusto universal conocido con los nombres de "pastoras", "flor de pascua" y otros, según el país, da con su tono encendido mayor relieve al júbilo del pequeño mundo del juguete. Existe una

perfecta compenetración entre la Navidad y esos seres de cartón, de plástico o porcelana, esos objetos diversos que de mil maneras producen la felicidad infantil y llenan de retintines celestes el corazón de sus dueños; símbolos innegables, síntesis ideal de cuanto significa la Navidad y sus días preliminares que son la portada del ansiado país de la leyenda y de los sueños, de la región azul entrevista todos los años apenas Diciembre se anuncia con el lucero del Niño.

Si algo hay extraordinariamente humano, es el juguete, que se incorpora a la vida infantil en la más íntima de las compenetraciones. Es producto de la imaginación y de los anhelos que pueblan la mente del niño. Bien puede afirmarse que el juguete es la contraparte del alma en sus albores. No ha menester ser perfecto, acabado, porque el párvulo no ve sus defectos y fallas; y así muchas veces prefiere uno feo y tosco a otro fino y bonito. La civilización, el progreso, han ido proyectándose sobre el mundo de los juguetes hasta obtener conquistas admirables por el ingenio, la similitud con el mundo real; pero, cualquiera que sea su condición o calidad, lo que en verdad infunde vida, gracia y virtud especiales al juguete es el afecto, la preferencia que el niño deposita en él y la manera cómo su mentalidad transforma aquello que bien puede ser áspero y rudimentario, en fuente de las más puras satisfacciones.

Con el advenimiento del material plástico, la economía del juguete ha alcanzado su cúspide, porque lo hace durable y precioso. Pero eso no impide que una simple caja, un caballito de petate o un muñeco de trapo tengan su encanto y signifiquen un tesoro para el pequeño que ha esperado ansioso el momento feliz de poseerlo, y por lo mismo ha venido rodeándolo de una aureola insospechada con sus esperanzas y afectos anticipados. No recordamos quién hizo notar que cuando los juguetes se concentran en una ciudadela ruidosa y poblada de colores, de máscaras y fiesta, se crea un reducto, una especie de continente distinto, al margen del trajín cotidiano y prosaico. Es algo como un pueblo extraño, sin miserias ni preocupaciones, por el cual, como en

los cuentos de maravilla, se puede caminar en permanente descubrimiento, en vagabundaje dichoso, entrando en diálogo con el osito de pelucho o coqueteando con la muñeca, o esperando el trencito en una de sus estaciones congestionada de menudos pasajeros de lata.

Ningún otro festival del año tiene el prestigio de la Navidad. El pirotécnico hace portentos con sus fuegos artificiales, sus ruedas de cohetes, chorros de candela, surtidores de luces de colores que dan la ilusión del risueño país de Aladino. Son reminiscencias preciosas del culto del fuego, ese elemento que por siglos y siglos ha venido tomando parte en la evolución del hombre, con tan

cado de paz, su esponja de dulzura para todos los llantos y su bálsamo divino para todas las heridas. El es el Camino, la Verdad y la Vida. Y lo será siempre, mientras el hombre tienda los brazos al Cielo implorando ayuda, consuelo o perdón, y la luz de la Altura venga a herir su seno de angustiado, de triste, de pecador, de arrepentido...

LOS VILLANCICOS

Los nacimientos o portales están en su apogeo. Pasa la pascua, pero perdura la alegría y los altares del Niño continúan brillando hasta el día de Reyes, el sacro día de la Epifanía. Entre nosotros ya se ha ido acabando esta devoción, mejor dicho, ya se

sica de los villancicos, muchos de ellos centenarios, cuya melodía arranca del Renacimiento español. Y aquí la meditación: los poetas ya no componen villancicos, lo cual no daña a los villancicos, sino a los propios poetas. La poesía se ha ido por otros rumbos y hasta se ha metido a socializante, a propagandista de cosas áridas. Muchos grandes poetas han ajustado a su flauta un estrangul de tono agudo y estridente, para convertirse en sochantres de iglesias absurdas en donde se niega a Cristo y se adora a brutales ídolos de carne y hueso.

Los grandes poetas prístinos, aquellos pastores cándidos que tocaban su caramillo junto al pesebre, desaparecieron hace ya tiempo. El lirismo encantador de la Navidad ha dejado de existir, desgraciadamente. Sin embargo, lo que sobrevive —los viejos, anónimos y luminosos villancicos— es maravilloso, celeste. Verdadera música angélica que por ventura todavía palpita en nuestra lengua. Es una gran lástima que los poetas hayan tapado sus oídos a esa fuente cantarina y milagrosa de los villancicos, tal vez la más limpia y delicada de la inspiración, pues no puede haber alegría más sana que la de cantarlos. El mundo vuelve a ser niño al eco de los cantos del Niño. Todo en ellos respira frescura matinal y los cinco sentidos corporales se abren al prodigioso entonamiento. Huelan a yerba buena, a tomillo, a reseda, a todo lo que hay de rico en el maternal vaho de la tierra que florece al rededor del establo de Navidad. Es el triunfo rotundo de la Naturaleza el que campea en las sonoras pastillas de luz de los villancicos.

En nuestra época no son muchos —¡qué digo: ni siquiera poco!— los ejemplos de poemas relativos a lo que la historia literaria llama "ciclo del nacimiento". Falta continuidad en el estilo estrictamente navideño que une la gracia al fervor, la emoción profunda a la espontaneidad limpia e ingenua. Apenas por excepción podría citarse en los poetas modernos el caso de Verdaguer y Villaespesa. La poesía del Niño, tan bella en los clásicos, en nuestra época se diluyó y se convirtió en poesía de los niños, como es el caso de Gabriela Mistral, de Claudia Lars y otras, todas mujeres. Qui-



profundo misterio, que muchas veces ha sido objeto de su temor reverencial o el aliado insustituible en sus transformaciones, hasta llegar a la desintegración del átomo. Los fuegos artificiales son la médula de los espectáculos de las noches de Diciembre, cuyo estallido caleidoscópico tiene su apogeo en la nochebuena, cuando las campanas se vuelven locas de alegría y el gallo hace sonar su fúlgido clarín en gárgaras de estrellas y enjuagues de arreboles, anunciando al mundo el nacimiento de Jesús, la llegada del Hijo del Hombre, el advenimiento del Cristo, la aparición del Redentor.

Nace el Señor cada 24 de Diciembre, trayendo su mensaje y su aliento de esperanza, su profesión de fe inextinguible, su re-

acabó para dar lugar a las fiestas cívicas. Los viejos echamos de menos aquel olor a cohombro, a mango, a fruta madura, a tomillo, de otros tiempos. Nos vamos desvirtuando, extranjirizando. Hay frutas, pero son las importadas, las de California: manzanas, uvas... En barrios e iglesias pululaban los pastorcillos cantando villancicos, viejos y dulces sonos cuyo origen se perdía en la Colonia. Se andaba de un portal a otro, gritando a todo pulmón:

“¡Gloria in excensis Deo!
¿En dónde está la chicha,
que no la veo?”

En otros países de más profunda raigambre racial, como México y Guatemala, todavía van por esas calles las posadas y suena la dulce, arrulladora mú-

zá por esta razón es que en cierta oportunidad don Miguel de Unamuno dejó escapar estas palabras irónicas: "De América ya me van gustando más las poetisas que los poetas"...

Los villancicos, profundos algunas veces y sinceros siempre, contrastan con el tono seco de la poesía moderna al tratar el tema de la Navidad. Un crítico cuyo nombre se nos escapa, tuvo hace pocos años esta expresión: "Olvidase que el poeta, en este caso, tiene que escribir canciones, y que sus mejores intérpretes deben ser las voces infantiles o aquellas tan puras para las cuales un Gómez Manrique escribió su Auto de Navidad. Esta poesía para cantar es la que falta, aunque exista la que invita a meditar. Porque, por muy profundo que sea el valor de la meditación, no es inferior el de la canción para todos, como la copla que escribe el poeta y se hace anónima para que el pueblo la convierta en patrimonio común y la haga vivir sonora y permanente en palabras vivas, que van de boca en boca y de corazón en corazón, viajando por los siglos en magnífica procesión de flores musicales". Lo hemos dicho arriba: olorosos a yerba buena, a reseda, a tomillo, a todo lo que hay de rico en el vaho de la tierra que florece al rededor del pesebre de Navidad como triunfo rotundo de la Naturaleza. Es la poesía eterna, sencilla, transparente, tierna y arrulladora, que se irisa de prismas celestes en el milagroso surtidor de los villancicos.

EL PESEBRE

Para hablar del pesebre habría que comenzar con una queja: nos duele el incremento que en todos nuestros países centroamericanos han tomado las importaciones, al extremo de que ya casi sustituyen lo propio, lo verdaderamente nuestro. San Nicolás, el arbolito, la nieve, el trineo y otras cosas, han venido a incorporarse a nuestra vida. El nacimiento —portal entre nosotros— casi ha desaparecido. Los "pasos" apenas se ven en las vitrinas de las librerías. Lo extranjero, si no ha sustituido completamente lo que nos legó la Historia, casi lo está logrando. Mucho más bello es lo nuestro que la novedad importada; y mucho más poético y ajustado a nuestro clima y a nuestra psicología. Pero el espíritu de novedad parece

absorbernos de tal modo, que lindamos con el descastamiento.

Pero hablemos del pesebre, ese sencillísimo lecho improvisado por la Historia o la leyenda (y nos gusta más como leyenda, porque es demasiado bello para ser historia) para que naciera el Redentor del mundo. Hay espectáculos profundamente arraigados en el corazón del hombre. Desde lo grande hasta lo mínimo, toda representación importante eleva la mente al sueño y el alma al Cielo. Esa es, precisamente, la función magnífica del Arte. La visión de Toledo en el lienzo del Greco; Nuestra Señora de París; la Acrópolis de Atenas, son frases del lenguaje luminoso,

lencia. Como sucede con todo lo trascendentalmente humano, el pesebre, igual que los templos de Grecia, las ilustres ruinas americanas y las catedrales góticas, es anónimo. En su incipiente humildad, contiene el germen maravilloso de las grandes obras de la cultura occidental. No recordamos si fue "el mínimo y dulce" Francisco de Asís quien dijo que el pesebre es en sí mismo el signo de un orden, de una belleza y de un asombro. Pero es lo cierto que tal frase es bella y muy digna de aquel Señor de las Florecillas.

No sólo el lenguaje prodigioso de la arquitectura produce frases eternas para hacer coro

ción cristiana donde la tradición echó sus raíces, el pesebre continúa siendo el motivo principal del altar de la pascua. Entre nosotros, pueblos todavía en formación, el snobismo ha venido a arruinar la tradición palpitante del pesebre; y, lo peor, hemos dado en considerarla como folclorismo sin importancia. Lo hemos relegado y hasta olvidado, sustituyéndolo por Santa Claus y el arbolito de los pueblos nórdicos. Menospreciamos su profundo sentido, su sabiduría metafísica y su inmensa importancia estética: esa importancia que tiene en la cultura, verdaderamente trascendental, que hace al hombre crear de nuevo el mundo a su imagen y semejanza.

Es hora de volver sobre nuestros pasos para rescatar el pesebre y reincorporarlo a nuestra vida como institución fundamental de nuestras costumbres hispanoamericanas. Que en el hogar, en la escuela y en los círculos artísticos e intelectuales haya preocupación por recuperar su belleza, quizás irregular, pero de una fuerza creadora más grande, más vasta y más cierta que ninguna otra, porque es la fuerza del pueblo que se expresa en él y por él, y lo eleva sobre las miserias como símbolo espléndido de su fe, esa fe sin la cual no es posible la vida. Recuperándolo, volverá a nuestro espíritu la emoción de la eternidad que hace entrever en cada sueño la presencia de Dios. Más bello es nuestro sol que las nieves nórdicas y mucho más sublime es Jesús en el pesebre, al calor del vaho de la mula y el buey, que ese viejo rechoncho, aunque bonachón, parecido a Gambrinus, que con el nombre de Santa Claus trata de conquistar nuestra ciudadanía. Volvamos al pesebre.

Y aquí paremos de escribir, porque es muy noche, hora de dormir y soñar con las maravillas de Diciembre. Sí, soñemos... Soñemos... En los ramajes estelares un ruiseñor astral picotea luceros y hace frágiles gorgoritos de azur que al caer se convierten en luminosas gotas de miel celeste y llegan a nuestro oído transformadas en notas angélicas. La noche es dorada y la inmensa campana del ámbito se llena de música suave, tenue, leda... Son los villancicos que canta la lengua caravana que pasa hacia Belén.

¡Filomela!



portentoso y genial del Arte de pueblos también geniales. En la América precolombina no faltaron estas manifestaciones: Palemke, Chichén, Copán, Chibcha y otros monumentos grandiosos, son, como dijo el poeta, "signos con que Dios puntúa Su vasto poema".

Pero la frase en que está contenida la arquitectura del pesebre, es más que genial: es divina. De esa frase salió lo más grande de nuestra civilización, porque en ella toda criatura rinde adoración a su Creador. Por expresar profundamente la sensación de un orden creado, el pesebre es el monumento universal por exce-

a la frase divina del pesebre. Una estrofa de Dante, un Auto Sacramental de Calderón, una quinteta de San Juan de la Cruz, un párrafo de Santa Teresa, son también frases de la luz sonora que proclaman la eternidad en que se sustenta la Palabra de Jesús. El Cristo de Velázquez, tanto el lienzo del pintor inmortal como el poema del gran Don Miguel de Unamuno, conspiran con sílabas de estrellas hacia la gloria sublime del pesebre. Toda gran obra de arte occidental se levanta al rededor del pajar que calientan la mula y el buey, como los astros giran en torno al Sol.

En los países de sólida forma-

Recuerdo de Pío Baroja

Por Enrique Macaya Lahamann



Con la muerte de Pío Baroja ha desaparecido el más genuino representante de la novelística española del pasado medio siglo. Un medio siglo en el que nos da su obra apretada y amplia, desde "Vidas Sombrias" que es justamente del 1900, hasta sus "Memorias" aparecidas durante estos últimos años. Cerca de un centenar de volúmenes en total, desiguales en su valor quizás, pero de una unidad sobria y siempre representativa de su gran talento de escritor.

Alguien dijo —hace ya bastante tiempo— que Baroja era un autor de "posibilidades" y que su total cumplimiento no se conseguiría sino con los años. Fue una manera discreta de pretender reducir sus méritos, transportándolos como una esperanza para el porvenir. Sin embargo, su obra no cambió en lo fundamental desde la publicación de la trilogía "La Lucha por la Vida" hasta la fecha en que aparecieron sus últimas novelas. "La Busca" por ejemplo, que es de 1904, nos da ya la tónica, aparentemente definitiva de la técnica y de la inspiración barojianas. Esta temprana actitud de realización nos parece admirable. Baroja se hace escritor poco antes de sus treinta años. Ha leído ya bastante y vivido intensamente. Conoce lo que ha de ser su oficio de escritor y tiene conciencia de lo que será su estilo. Poco le importó entonces el casi total fracaso de sus primeros libros. Poco le importó también la relativa pobreza en que vivió durante varios años; las trágicas limitaciones económicas del escritor aún desconocido cuyas obras no se venden. Siguió adelante, sin cortejar la popularidad, sin buscar el favor de la crítica. Así se impuso Baroja en las letras españolas.

No nos parece oportuno ahora —al margen inmediato de su muerte— intentar un juicio crítico sobre su obra, ni para ello estaríamos nosotros capacitados. Quisiéramos decir tan sólo algunas cosas cordiales sobre su vida que siempre se trató de presentar como áspera y egoísta. Cuando negamos que así fuera, se nos

contesta haciendo referencia a sus "Memorias". Y ellas, se nos repite también, fueron su última gran obra.

Y en verdad, las "Memorias" de Baroja son una obra dilatada, caústica por momentos, líricamente poematizada en breves instantes, siempre sin unidad alguna de afinidades o rechazos, saltando sin posturas y sin premeditación de la crítica cruel a la cordialidad escuetamente humana. Todo sucede de paso, como a lo largo del camino. Pero en ese lento caminar a lo largo de su vida, Baroja pensó y dijo lo que sinceramente pensaba, con el alivio del caminante que siente la vida en carne propia, en la actitud del centinela y no en la del soldado que va al ataque. Su beligerancia es siempre conceptual, una simple manera de pensar las cosas y de sentir la vida.

Ni la vejez logró quitarle aquel pesimismo de antaño, producto de su caminar por los caminos del mundo y de las ideas. Sin embargo, un libro amable de autor amigo, nos lo presenta en los años inmediatos a su muerte, ensimismado en sus recuerdos, cuidando con menuda atención, las necesidades diarias de su hogar. Todo esto después de la muerte de su madre, de su hermana Carmen y de su hermano Ricardo. Soledad un poco fría que lo llevó quizás bastante resignado, hacia la cercanía de la muerte que ahora acaba de llegarle.

Se ha dicho también que criticó a España en lo vivo y en lo hondo; que la disección que de ella hace en algunas de sus obras es algo amarga y pesimista. Pero no por eso dejó de ser siempre profundamente español. A veces pone al margen todo lo que ha dicho para darnos entonces el grito de su españolismo de cepa y casi de lujuria.

Pero mal juzgaríamos la obra barojiana si la limitamos a su aspecto puramente español. En alguna parte nos dice Baroja ser "archi-europeo": vasco por su padre afirmado en los Pirineos y lombardo por su madre agarrado en los Alpes. Gran parte de su obra es de ambiente europeo; por lo menos diríamos de

escenario europeo: Italia, Suiza, Francia, Inglaterra. Recuerdo la profunda impresión que me causó leer en París, dos de sus novelas de escenario parisiense: "Los Últimos Románticos" y "Las Tragedias Grotescas". Difícilmente se puede llegar a una interpretación más exacta y penetrante —calles, costumbres, temporalidad histórica— de la vida abigarrada de algunos barrios de París, como la que realiza Baroja en esas dos novelas. Ahora, en los mismos días en que escribo estas líneas, he estado leyendo una de sus últimas obras, "Susana o los Cazadores de Moscas" y la he leído con la íntima nostalgia de mis recuerdos del Parque Montsouris y sus alrededores de la Ciudad Universitaria evocados en la novela en plenitud de detalles e intimidad de circunstancias. Un inglés de buenas letras, dijo que la descripción de Londres contenida en "La Ciudad de la Niebla" era una de las mejores que se habían hecho de la capital inglesa.

Es realmente sorprendente cómo este vasco genuino de San Sebastián logró asomar su talento de escritor y su curiosidad de cosmopolita por mundos extraños de allende los Pirineos. Baroja paseó arrogante y certero su visión de español por países de Europa.

Quizás sea caso único en la literatura de su patria; sin duda lo es, por lo menos, entre los escritores de su generación. Azorín se acerca a Francia, pero ve y juzga con discreción. Quizás únicamente Ortega y Gasset realiza la actitud europea con relativa amplitud; pero la hace en la filosofía y en la sociología que son temas más abstractos y por ello de más fácil generalización. En Baroja, es la visión netamente española la que asimila la vida europea. Esta interpretación barojiana nos abre con frecuencia y con sorprendente originalidad— aunque de manera fragmentaria— insospechadas perspectivas

para una mejor valorización en algunos aspectos del arte y de la literatura extranjeros.

Y para terminar, quiero traer a estas líneas un recuerdo personal, un pequeño acaecer en mi vida con referencia a la de don Pío. Recuerdo intrascendente sin duda alguna, pero que para mí es mucho recuerdo y quiero revivirlo como una sensación de alivio en la pena que me ha traído la noticia de la muerte del gran escritor vasco. Fué allá por el año de 1928. Estaba yo en Madrid pasando unas cortas vacaciones. Mi admiración por Baroja era ya de antaño y traté de buscarlo para verlo—de lejos, sin tratar de hablarle, me parecía suficiente— en uno de los cafés madrileños. Tuve suerte. Un día lo ví salir de una de sus tertulias en la calle del Arenal. Su silueta era inconfundible y lo reconocí de inmediato. Pude pues, seguir sus pasos un poco de lejos pero sin perderle de vista. Cruzó la calle Mayor y bajó por una estrecha callejuela hasta la plaza del mismo nombre. Después tomó la calle de Toledo bordeando El Rastro—su amado Barrio del Rastro, testigo de algunas de sus mejores novelas— hasta perderse en el horizonte como quien va hacia la ronda de Segovia.

Caminaba despacio. A ratos distraía su mirada como para observar pequeños detalles del paisaje urbano. Algunas gentes lo saludaban al paso, lo que parecía indicar que aquel camino era uno de sus paseos favoritos de rutina.

Quise hablarle, pero no me atreví a hacerlo. Temí que me recibiera indiferente o quizás áspero. Pero creo que cometí un error y hoy me arrepiento de no haberlo hecho. Estoy seguro de que algunas cosas me hubiera dicho, posiblemente medio distraído, en su eterna actitud de caminante—iluminado y desilusionado a la vez—que va por la vida y entre las ideas, con el secreo de su íntima realidad.

Y ahora, al saber su muerte, aquella silueta oscura que atravesaba el viejo Madrid con pesado andar, desaliñado y abstraído, retorna a mi memoria, y por ello, la pérdida de Baroja se me vuelve algo más real y físico y no simplemente una pura sensación intelectual del escritor que ha muerto.

CANCION DE NAVIDAD

Por Adolfo Ortega Díaz

I

Yo fui pastorcillo
en Belén.
La luz de la estrella me enseñó el camino;
y lleno de gracia y de fe,
acudí con incienso y con mirra
y al Niño rosado di un beso en los pies.

Yo fui pastorcillo
en Belén.
Mi pífano
fue
el más inspirado del coro
que cantaba las glorias del Rey.

Yo fui el pastorcillo-poeta
que más dulces notas desgranó en Belén.

II

¡Villancicos alegres de pascua!
¡Campanas con lenguas de miel!
¡Nacimientos, paisajes azules
de aquel sueño que llaman niñez,
cuando eran mi vida y mi espíritu
más sanos que el vaho del buey!

Oh tiempos. Oh tiempos. Oh tiempos
en que fui pastorcillo en Belén!

III

Inquietudes, quimeras, locuras
lanzaronme al mundo después
Ya no fui el pastorcillo inocente
ni volví a ver la mula y el buey.
Ya no tuve en el cielo la estrella
que guiara en el suelo mis pies.



Ilustra BAKIT

El camino es tan duro y oscuro
que en las zarzas quedóse mi fe.

IV

Nochebuena. Cohetes y pitos.
Amplias mesas de largo mantel.
Al calor del hogar, las parejas
por los sueños se dejan mecer.

—Dejad esas dos copas vacías.
Para mí no hay pareja, ya veis.
Está lejos la boca, la boca
con el vino que apaga mi sed.

Memorias, nostalgias, anhelos
lloran juntos mirando hacia ayer;
y tienden los brazos, que alargan
y alargan y alargan al distante Bien.

Suenan sordas las viejas campanas.
Ya no soy pastorcillo en Belén.
Hace tiempo apagóse la estrella
y en las zarzas se enredó mi fe.
El camino es tan duro y oscuro
que tengo sangrando los pies.

Está lleno de ausencias el ámbito
y es torva la faz de Noel.
Noche desolada, vacía, desierta:
¡qué atroz tu aridez!
Si alzara mi copa en un brindis
sería llenándola de llantos y hiel.

(Pero aun tengo en las manos el pífano
y rosas me ciñen la sien.
Y es la estrella en la noche de mi alma
el recuerdo de aquella Mujer).

La Poesía Eterna

Canciones Navideñas

Por Lope de Vega

Virgen pura azucena, lirio en valle,
cándida y limpiamente concebida
virgen donde se mide el sin medida,
preciosa cinta a su divino talle.

Jardín, donde no hay flor que no se halle
de las virtudes, de que estáis vestida,
árbol, en cuya planta esclarecida
la sierpe antigua para siempre calle.

Si Dios se cifra en vos, ¿qué puede hallarse
para excelencia vuestra, si ésta excede
tanto, que a Dios no deja en qué alargarse?

Cuanto él puede, y vos sois aquí se quede,
que como Dios no puede mejorarse,
así de madre mejorar no puede.

Las pajas del pesebre,
niño de Belén,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

Lloráis entre las pajas
de frío que tenéis,
hermoso niño mío
y de calor también.

Dormid, cordero santo,
mi vida, no lloréis,
que si os escucha el lobo,
vendrá por vos, mi bien.

Dormid entre las pajas,
que aunque frías las veis,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

Las que para abrigaros
tan blandas hoy se ven,
serán mañana espinas
en corona cruel.

Mas no quiero deciros,
aunque vos lo sabéis,
palabras de pesar
en días de placer.

Que aunque tan grandes deudas
en pajas las cobréis,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

Dejad el tierno llanto,
divino Emmanüel,
que perlas entre pajas
se pierden sin por qué.

No pienses vuestra madre,
que ya en Jerusalén
previene sus dolores,
y llora con José.

Que aunque pajas no sean
coronas para Rey,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

—o—

Zagalejo de perlas,
hijo de Alba,
¿dónde váis, que hace frío,
tan de mañana?

Como sois lucero
del alma mía,

a traer el día
nacéis primero,
pastor y cordero
sin choza y lana,
¿dónde vais que hace frío
tan de mañana?

Perlas en los ojos,
risas en la boca,
las almas provoca
a placer y enojos:

caballitos rojos,
boca de grana,
¿dónde váis que hace frío
tan de mañana?

Que tenéis que hacer,
pastorcico santo,
madrugando tanto,
lo dais a entender:

aunque vais a ver
disfrazada el alma,
¿dónde vais que hace frío
tan de mañana?

BRECHA

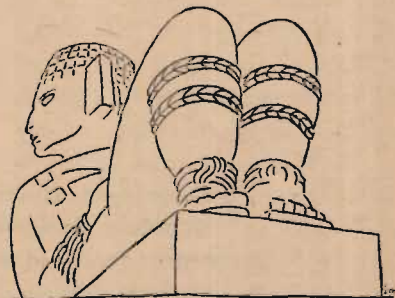
DESEA A SUS LECTORES

Alegres Pascuas y Feliz Año Nuevo

Palacio de Bellas Artes

(Jueves 26 de Febrero)

Por Juan Manuel Sánchez



Al receptáculo que sustenta este Chac-Mool, venimos a dejar, en esta peregrinación religiosa, al milenario Anáhuac, la ofrenda de nuestro corazón en-

cendido en indígena amor, en la primera de las devociones de esta tierra sagrada, matriz de América para la raigambre de su historia.

Se ha escrito la estética mexicana y se ha titulado el libro "Coatlicue", y bien está, que la madre de los dioses y diosa de la vida y de la muerte bien cor-

poriza glorioso capítulo de cultura prehistórica mexicana en página de piedra y de espíritu. Pero podría titularse algún otro intento de penetración del arte

inicial de estas tierras. "Chac-Mool o de lo monumental", o bien "Chac-Mool y el sentido de lo eterno". Porque esta piedra rojiza ennoblecida de forma y de idea, que podría parangonarse a egipcias esfinges y arcaicas cariátides y griegas, realiza, tanto como las más amplias estructuras arquitectónicas, el ideal de afirmación del volumen, el triunfo del reposo escultórico, que además dice su pesada palabra, su frase de inefable concepto preciso, justo, exacto. ¡Y esta cabeza de serpiente inmensa, terrible, poderosa! Leviatán de las teogonías nuestras, Quetzalcoatl todo poderoso nos espanta la sola idea de su cuerpo que podría circundar el grave teocali o la pirámide del Sol, en mágico círculo de hermetismos nebulosos, al amanecer del tiempo del principio. Todos los terrores y las reverencias del candor y el panteísta impulso caben en esta piedra silenciosa, que, sin embargo, canta en ritmos de relieve y dibujo, finos y rotundos.

Todas las totémicas concepciones y las sutiles magias, los telúricos arraigos, el éxtasis y el amor a la naturaleza toda, encarnan de modo magistral en estos bloques definitivos que hoy figuran airoso en este recinto inteligentemente abierto al arte de siempre, a todo el arte; comprensión mexicana poco frecuente en esta América de los mestizajes estériles, de las negaciones festinadas y las mezquinas sabidurías improvisadas. Porque así como en casual alegoría se ven acá los bloques esculpidos cuando el faisán, el águila y el quetzal volaban libres, y allá levantan sus brazos angustiados una figuración de Alfaro Siqueiros, así en el principio era la piedra, en el principio se echaron los cimientos del México estético en el terreno virgen, en el suelo intocado, en la gleba de que brotaron los hombres de maíz y espíritu, una alborada de génesis, el soplo de Hunab-Ru y de Tloque Nahuaque, el absoluto. Técnica y tectónica, oficio y artística consistencia, cuerpo y alma, informan esta titánica producción prehispánica de que se da aquí pequeña muestra, pequeña cuantitativamente y en relación a su total, si bien amplía en calidades y valores.

Y es muy de notar que lo que hoy llamaríamos "realismo mági-

co", o "imaginativo" o "neorrealismo", aquí habrían anticipado su expresión concreta, así como las abstracciones "matemáticas y místicas", las afiebradas metafísicas o los líricos vuelos de la inventiva y la fantasía, en lenguaje propio, incontestable, decisivo. Y nos es particularmente grato llamar lenguaje a este de la plástica azteca, maya-quiché o inca. Se ha dicho por ahí que es vano afán nativista o arqueologizante chauvinismo estéril, el empañarse ver en lo indoamericano, el paso inicial de nuestra estética, y, sobre todo, de nuestras letras, ya que toda dialéctica y toda exaltación autóctona se dicen hoy en habla castellana. Festinada y sofística afirmación.

Bastaría citar las palabras del

conquistador, que no era sólo por su sable y sus espuelas, al referirse con entusiasmo a las nativas lenguas; bastaría conocer los estudios de literatura nahuatl de Angel María Garibay K. o los de Abraham Arias Larreta sobre literaturas aborígenes, los de José María Arguedas y Jesús Lara, expertos en poesía quechua, haber leído el "Güegüense", el "Rabinal Ochi" el "Popol Vuh", el "Oyantai" y el "Chilam Balam de Chuyamel", para tener que admitir la existencia de los idiomas nativos, que habían evolucionado hasta el decir bello y filosófico, hasta algo que cabe llamar hoy la primera literatura del continente.

Pero si estuviéramos errados en tal afirmación, si apenas fuese

aquello un balbuceo —interrumpido, desde luego, por la barbarie de "lo peor de España contra lo mejor de América"— ¿cómo podría negarse todo este otro medio de expresión, canto alto y sonoro del indio en su hora plena, en su tierra libre?

Poema heroico, tragedia, cogitación, dulzuras bucólicas, que articulan estas piedras, estos barro vivos, estos monumentos sobrecogedores, y estas seudotoras miniaturas, explicándonos la mejor historia del gran momento. De esa hora de nuestra América verdadera, por la que hoy venimos, en conmovida peregrinación, a dejar en el receptáculo que sustenta este Chac-Mool, la ofrenda de nuestro corazón simple y encendido de indios de hoy.

Bueno, ¿y el piano y los atriles?

Nos preguntamos en esta sala de un alto piso en Justo Sierra, cerca de la iglesia del Carmen, esta bella noche de Febrero.

Pronto, sin embargo, comenzamos a explicarnos la ausencia de la música orquestal y aún la del consabido e indispensable piano de toda velada de canto y danza: ¡es un canto "a Capella"! Estos muchachos del Conservatorio que otro muchacho dirige, entonan a varias voces, con exquisita concordancia, antañona en aires castellanos, un poema de Neruda, una canción negra... se fucionan admirablemente las voces femeninas y masculinas, las altas medias y bajas, y la seducción del coro nos envuelve en su prodigio tan natural y humano, tan terreno y extraterreno al mismo tiempo. Pero sus muchachos se han impuesto lo de que "de lo bueno, poco," y el canto pasa presto, dejándonos sus resonancias en el espíritu y en el oído; audibles imágenes que nos dejan, como las visuales, el don del recuerdo de su encantamiento y su magia.

Ahora Estela Inda nos dice un poema de López Velarde. "Suave patria" que siente ella en su sensibilidad de recitadora y mexicana, en el que cariciosamente encierran su voz y su gesto el mapa espiritual del gran país "que cruza el tren de juguetería" que limitan contornos de gracia



y hondura para el amor mexicano, para el sentir azteca. Este azteca que ahora declama el canto al Padre Cuahutémoc—bronce, heroicos destellos, honor, sangre, gloria— el Padre Perenne, el Padre de siempre, águila que sigue volando del Anáhuac al Mayab, de ayer a hoy en vuelo al infinito...

Porque este Padre Cuahutémoc vive en esos mejores matices de la mexicanidad, de la nacionalidad espiritual, de la ciudadanía del arte y las excelsas aspiraciones.

Porque este Padre Cuahutémoc es honrado ahora, ahora mismo, con la presencia de los danzantes aborígenes que van a revelarnos su rito, a officiar la milenaria ceremonia que no des-

truyó la barbarie conquistadora, que no enturbia un galope de siglos en su diafinidad de fuente primigenia.

Como en Teotihuacán para los astros, como en Tenayuca junto a las serpientes de fuego, como en Tula para Quetzalcoatl, suenan ahora el Teponaztle, la caja y la flautilla. Como en la fiesta del quinto sol, como en todas las fiestas y en todos los soles que iban enlazando años y Rattunes, dibujan ahora los cuerpos danzantes el tapiz espléndido, urden los pies los tejidos imposibles, cobra vibración de fuego la carne hecha ritmo, poesía, cuajada música. Milagros se llama ella, mujercita de terracota y menta, de bronce y espíritu, que nos habla luego, dulcemente sentenciosa, de la historia que no escribieron los conquistadores de la danza de los palomos enamorados, y las que son obligación a Tonatiuh y Tlaloc, a Ehecatl y Coatlique... Milagros, la realización tangible de su nombre, con sus compañeros también de bronce y terracota armoniosos, nos ofrendan aquí, en un Tenotchitlán que su magia resucita, conmovedores ecos de la grandeza del Anáhuac, voces guardadas en los vasos de sus cuerpos con celo de sacerdotes y de artistas, para decir a los ojos humedecidos por la evocación que parecía imposible, este elocuente mensaje del México eterno.

De la Obra Inédita "La Mujer Costarricense a través de Cuatro Siglos"

Escenarios en que ha actuado la Mujer

I

Por Angela de Chacón

Si recorremos cuidadosamente la historia, desde los tiempos más remotos, y nos situamos entre los pueblos salvajes, encontraremos a la mujer luchando a la par del hombre en la guerra como en la paz. Luego en la caza y la pesca; más tarde se multiplicaron sus actividades en la agricultura, ¿Quién ignora que amasó la tierra con el sudor de su frente?

Las circunstancias sociales y políticas fueron reduciendo el círculo de acción de la mujer y achicando el escenario de sus actuaciones. El hombre tomó para sí los trabajos de orden exterior. Desde luego las faenas caseras aumentaron y la mujer se encontró frente a crecido número de pequeñas industrias. Laboró con habilidad y satisfizo el gusto de la familia. En el hogar fabricó pan, bebidas alcohólicas, conservas; de sus manos salieron telas, crió cerdos y aves de corral y hasta cultivó huertas, fuera de cuantos oficios la vida doméstica exigía.

La evolución fué efectuándose lentamente hasta el aparecer de la máquina que arrebató al hogar crecido número de faenas. Panaderías, tostelerías, vinaterías, cervecerías, jabonerías, candelерías, fábricas de embutidos, conservas y cuantas laterías han ido facilitando las labores hogareñas.

No tuvo tiempo la mujer de darse cuenta del importante papel que estaba llamada a desempeñar dentro de la comunidad social, mientras que el hombre comprendió su situación privilegiada y acaparó, al reducirse la actividad femenina, el pensamiento y la voluntad de la mujer. Sobrevino, como consecuencia lógica, un estancamiento forzoso en la mente de nuestro sexo. Sin ejercicio las facultades se atrofian. Cada labor necesita cultivo: el hábito

de realizarla con esmero lleva a la perfección.

Renació en el hombre el deseo ardiente de ser amo y señor del mundo, sin detenerse a contemplar si sus actos eran nobles y justos. Lo importante fué satisfacer caprichos, ambiciones, sin preocuparse de la condición, de paria a que estaba reduciendo a su compañera. Y se engañó el varón al llamar recto a cuanto se ha probado que fué torcido. Un hombre normal, sin complejos, jamás será capaz de someter a la mujer a servidumbre, sino que aspirará a la limpidez de la fuente cristalina; será franco consigo mismo, amará la vida en lo bello que ella tiene; sus acciones serán firmes, sinceras, sin dobleces, sin pensamientos enfermos ni temores infundados.

¿Habrá mayor humillación para una mujer que sentir sobre ella el peso de la duda?

El desplazamiento de la actividad doméstica no ha sido cuestión de días u horas, como en los cuentos de hadas. Se ha realizado con lentitud, en duro aprendizaje y con no pocas molestias y contrariedades. Dió principio en las grandes poblaciones industriales, en los centros de mayor auge comercial, pero ha ido infiltrándose, poco a poco, hasta en las zonas agrícolas.

El siglo XIX contempló un tipo de mujer del que hubo salientes modelos en las viejas y aristocráticas sociedades, copia de lo que se hacía en las cortes de Reyes y de Príncipes. Fué la mujer muñeca, engréida de su belleza, de su elegancia y de su coquetería; rodeada de admiradores y cortejantes que le llenaban la cabeza de humo y de ensueños de grandeza. La mujer ociosa, ocupada en sus personales menesteres y preocupada únicamente de actividades frívolas: bailes so-

ciales, clubes nocturnos, sonrisas para el espejo, lecturas eróticas, chismes de vecindario, conversaciones y quejas sobre el servicio doméstico.

Como esta clase de mujer podía terminar hasta con la misma vida de familia, surgió el movimiento feminista, consciente de su misión regeneradora, con anhelos de mejoramiento y miras de emancipación.

Debo advertir que no todas las mujeres que en un principio se apartaron de la vida de reclusión doméstica lograron las ventajas esperadas; algunas cayeron en el ocio y hasta en el vicio. Todo movimiento nuevo tendiente a un cambio en las costumbres, principios o instituciones, produce conmoción social y es preciso esperar a que se restablezca el equilibrio. Por otro lado buen número de mujeres aprovechó las lecciones de la experiencia, y en valerosas cruzadas feministas demostró el valor de su acción y de su esfuerzo. En inteligencias activas y emprendedoras las buenas y justas ideas dieron copioso fruto. Los obstáculos se han ido venciendo y en las sociedades nuevas la evolución se marca satisfactoriamente.

El mayor peligro para la vida moral de las mujeres está en vivir entre astucias e hipocrecías, ocultando sus verdaderas emociones, sacrificando principios, ideas, impulsos, por temor a perder el falso afecto de un hombre, y digo falso, porque quien ama de verdad estima, y quien estima confía siempre.

No podría ser violento el despertar de la conciencia femenina; estaba apegada la mujer a las viejas teorías de que su único refugio era el matrimonio, y al horror que en ella producía la sola idea de quedarse "para vestir santos". La sociología ha

determinado bien las numerosas causas que han reducido las uniones legítimas. Luego, precisa comprender que la excelente y beneficiosa institución del matrimonio, no está simplemente destinada a resolver los problemas económicos de la mujer, sino que exige condiciones elevadas de preparación moral e intelectual de los cónyuges, además de buena constitución física y mejor salud.

El concepto errado que se tenía respecto a la vida en común dentro del hogar ha contribuido a viciarlo. A la mujer ni siquiera se la preparaba a cumplir actos fisiológicos y sí para el desempeño de cargos de una buena doméstica. Por supuesto cuantas no tuvieron visión amplia del porvenir o no sintieron anhelos de mejoramiento, se resignaron a su suerte, creyendo que aquella condición era la más apropiada para el sexo.

Muchas mujeres han abrazado la vida matrimonial con ideas absurdas de lo que es en realidad, y en el mundo de hoy los problemas sentimentales y sexuales son de complejidad aterradora; exigen preparación especial de los sexos, y una base de firme moralidad para mantenerse erigido en medio del vaivén constante de tentaciones y peligros. Las cosas deben verse un poco como son, sin llenar la cabeza de muchas ilusiones. Estas no deben abatirse nunca, sostienen la existencia, son tan bellas; pero hay que sujetarlas a lo real para no destruirlas. En esta forma se conservan, a través de los años, y cuando una pasa surge la otra, en dulce cadena de rejuvenecimiento.

Para acercarse, cuanto más sea posible, a la armonía conyugal, es necesario encontrar el compañero que pueda formar pareja equivalente, es decir, hombre y



mujer de contrastes, pero con aficiones parecidas, a fin de que la cooperación sea armónica y logren efectuarse trabajos en conjunto de valor positivo que prolonguen el interés dentro de la casa. La preparación mental, moral, social y económica de los sexos es de necesidad indiscutible en la vida nueva. La vigilancia de la salud por medio del armónico desarrollo físico es verdad comprobada por los centros higiénicos más adelantados del mundo.

Factores son éstos que contribuyen a la estabilidad de los hogares.

Hubo un largo período, en la vida matrimonial, en que solamente el hombre trabajaba para el sostenimiento de la familia, es decir, trabajaba fuera del hogar, porque la labor de la mujer, en sus propios dominios, no termina nunca. Tómese como ejemplo a una de tantas amas de casa, sencilla y pobremente acomodada, repleta de obligaciones, que se levanta con el alba y busca en el lecho su descanso cuando todo el mundo duerme. Y sin embargo, ese aporte esencial, de valor económico indiscutible, frecuentemente se deja pasar inadvertido.

Durante centenares de lustros se consideró al hombre como único factor activo de la familia. Como él "pagaba la fiesta, mandaba la parada". En estas situaciones ha habido verdaderas tragedias familiares, humillantes escenas, no sólo presentadas a matrimonios humildes, sino también entre gentes de alta posición social y de desahogo económico. ¿Cuántos sufrimientos han padecido mujeres al pedirle a sus maridos dinero para gastos personales, necesidades de hogar, educación y recreo de los hijos? Toda ha derivado del falso concepto que se ha tenido del trabajo de la mujer dentro de la morada familiar. ¿No ha sido ella una socia industrial? ¿Se ha negado alguna vez dentro de un régimen legal en la industria y en el comercio, a los socios de esta naturaleza, sus dividendos? ¿Será justo implorar por lo que se ha ganado en faena honrada y constante?

Si examinamos el horario de una mujer, ya sea de posición social alta o mediana, sasada con profesional pobre, con obrero o artesano de pocos recursos económicos, para darse ciertos lujos,

como servicio doméstico, refrigerador, plancha, lavadora, batidora y tostadora eléctricos y teléfono, llegaremos a la conclusión de que su trabajo es agotador. Si agregamos a este hogar tres o cuatro hijos, invito a que se medite, con justicia y simpatía, en la dura situación de esta máquina que se llama mujer, y a quien por mucho tiempo se la consideró débil con el fin casi exclusivo de declararla incapaz de ocupar ventajosas posiciones, y de actuar en medio de actividad intelectual.

Todas estas circunstancias lograron por fin despertar el espíritu adormecido de las mujeres y las forzaron a entrar en valiente lucha por su emancipación.

El industrialismo sacó a la

clase obrera del hogar. Las mujeres de su grupo sintieron ansia de un aporte económico a fin de hacer menos estrecha la situación de la familia.

Por otro lado, mujeres de clases acomodadas acudieron a centros de estudio, de preparación académica o profesional. Desearon vestir mejor, comer mejor, viajar, competir con hombres de mayor fuste, formar hogares de más amplia preparación mental.

Los empleos públicos les abrieron las puertas, el magisterio les confió, con éxito, los más serios cargos, las empresas privadas las llamaron al servicio, la ambición fué apoderándose de ellas y nuevos campos se ofrecieron a su inteligente actividad.

Los desdenes, la sátira y la envidia se vencieron, y aun la oposición sistemática de mujeres indiferentes y abúlicas, opuestas a toda idea de progreso.

El movimiento feminista comenzó en pequeña escala; fueron las menos las batalladoras; muchas esperaron complacidas a que el milagro se realizara para sacar ventaja de los enormes sacrificios de mujeres activas y valerosas que supieron, con denuedo, romper el hielo de la oposición social. Todo ha pasado ya a la historia. Trabajar y vencer será en adelante la labor común. El campo está abierto para todas; debemos confundir esfuerzos y ambiciones en una sola dirección: el bienestar del género humano.

Homenaje de BRECHA

Los Zapatos Maravillosos

Por María Teresa Obregón de Dengo.

Había una vez en una solitaria montaña del país de Ilán, una familia humilde: la madre y sus tres hijos, jóvenes y buenos. Vivían en gran paz, queriéndose mucho y trabajando en las labores de un campo que poseían y que les daba con qué vivir sencillamente. Pero vino un tiempo malo: las cosechas se perdieron por falta de lluvias y el hambre estaba muy cercana.

Entonces la madre lleno el corazón de fe en sus hijos, les dijo: hay que ir a buscar fortuna por los caminos de Dios; la tierra es grande, ustedes son fuertes y por todas partes hay trabajo. Salgan de este rincón que hasta ahora ha sido abrigo cariñoso y vayan en busca de su destino.

Partirás tú primero, dijo al mayor, en busca de la ruta por donde tus hermanos te seguirán. Mi bendición te acompañará en todos los momentos.

Le dió todos los consejos que son sabiduría en el corazón de las madres y él partió una mañana clara, lleno de esperanza en su porvenir.

Durante varias horas caminó por el único sendero que salía

de la montaña, hasta que llegó a un tranquilo valle en el que vió una casita. A la puerta de ella, trabajando, estaba un viejo zapatero.

—Buenos días, buen anciano, dijo el joven, podrías darme algún trabajo con qué ganar mi comida de hoy?

—Con todo el corazón, respondió el zapatero, necesito precisamente quién arregle y limpie mi taller.

Te doy trabajo por tres días, si te conviene, y buena paga cuando termines.

El muchacho entró al taller y sus ojos miraron con asombro lo que había por todas partes: zapatos de oro, zapatos de plata y zapatos de cuero, de todos los tamaños y formas imaginables, mezclados en confusión.

El trabajo fue arduo, había que limpiar y arreglar todo aquello. Pero él lo hizo con alegría y al ritmo de su canto, los zapatos quedaron lindamente ordenados en los estantes.

Al finalizar los tres días, el viejecito le dijo: —Ahora has de partir y te daré mi paga: elige

entre los zapatos los que más te hayan gustado.

El joven miró y remiró los zapatos de oro, titubeando entre los más grandes y bellos, hasta que se decidió por un par de botas altas de gran tamaño. Se las calzó y se ajustaron perfectamente a sus pies.

—Ellos te conducirán por uno de estos tres caminos, en busca de tu fortuna. Obedéceles.

Se despidieron amablemente y los zapatos lo dirigieron por el camino de la derecha. Bello camino, todo tapizado de césped fresco, y de flores.

Caminó por él largo rato hasta que llegó a un lugar en que brotaba del suelo un maravilloso surtidor de oro líquido, que al caer dejaba a su alrededor multitud de menudas piedrecillas de oro macizo, que deslumbraron sus ojos.

El joven ávidamente se lanzó sobre ellas pensando que sería el único poseedor de tan fantástico tesoro. Pero en el instante de tocarlas, sintió un dolor agudo en el corazón, que lo paralizó

y lo transformó en estatua de oro.

Como los días fueran transcurriendo sin que el hijo mayor regresara, la madre preparó al mediano, llenándole el espíritu de fuerza y ambición; creando en él el deseo de ir hacia lo desconocido. Y en un mediodía lleno de luz se alejó del tibio hogar, poblada la mente de anhelos de triunfo.

El camino de la montaña lo llevó al cabo de varias horas, al taller del viejo zapatero, quien lo recibió con amabilidad y le dio trabajo por tres días.

Las risas y la conversación del muchacho llenaron de alegría el ambiente del tallercito, mientras él limpiaba y ordenaba los zapatos de oro, de plata, de cuero, que había encontrado en confusión.

Al cabo de los tres días los estantes ostentaban las filas de zapatos, colocados según su material.

—Ahora has de partir, dijo el viejo, tu paga será el par de zapatos que más de guste.

Y los ojos del joven se estasiaron largamente ante los zapatos de plata, hasta que se decidió por unos, cuyo tejido de filigranas, bellamente bordado, había llamado su atención, y que parecían haber sido hechos a su medida.

Así que se los calzó, le dijo el zapatero: —Ellos te conducirán por uno de estos caminos en busca de tu fortuna. Obedéceles.

El muchacho dijo adiós al viejo y se marchó por el camino de la izquierda, por el cual lo condujeron los zapatos. Delicioso camino cubierto de arena y sombreado por árboles enormes.

De pronto lo sorprendió el ruido de una cascada de plata líquida que caía de lo alto de una colina y que dejaba en sus orillas brillantes trozos argentinos.

Se llenó de ambición al verse dueño de tan gran tesoro y ansiosamente se lanzó sobre él, pero al tocarlo, un dolor agudo hirió su corazón, lo paralizó y convirtió en estatua de plata.

Allá, a los muchos días de espera vana, la madre animó cariñosamente al hijo menor a que partiera. Como él vacilara ante el temor de dejarla sola, ella le pintó el brillante porvenir que lo esperaba y la luz de la esperanza penetró su espíritu. Bajo el im-

pulso de la bendición materna, partió una tarde en que el cielo estaba radiante de colores.

Por el caminito de la montaña ello lo vio alejarse. Sus pasos lo condujeron ante el taller del anciano zapatero, que trabajaba sin descanso.

—Buenas tardes, mi buen amigo, dijo el muchacho, podrías dejarme pasar aquí la noche y ayudarte en tus tareas?

—Gran placer será para mí tenerte a mi lado durante tres días y que arregles mi desordenado taller. Yo sabré recompuertarte, dijo el zapatero.

El muchacho que era retraído y un poco huraño, trabajó en silencio, asiduamente, durante los tres días con el pensamiento puesto en su madrecita, solitaria allá en la montaña, hasta que todo quedó limpio y cuidadosamente ordenado.

Entonces dijo el viejo:

—Ahora has de partir y te pagaré dándote el par de zapatos que más te convenga. Elige.

Rápidamente el muchacho tomó en sus manos unos zapatos fuertes de cordobán, de suela muy gruesa y bien clavados.

—¿Por qué escoges estos, habiendo tantos otros más valiosos?

—Los escojo fuertes porque me han de ayudar a recorrer largos caminos. No los quiero de oro ni de plata, porque así nadie me los codiciará ni envidiará. Y se los calzó en seguida.

—Que ellos te conduzcan por el camino de tu fortuna, dijo el anciano. Obedéceles.

El muchacho se despidió agradecido y los zapatos lo llevaron por el camino del centro. Duro camino, pedregoso y pendiente, por el cual caminaba con dificultad.

Al anochecer llegó a una amplia pradera y como estaba muy cansado, se tiró bajo un árbol y se durmió profundamente.

A la medianoche un ligero rumor de voces y de cantos lo despertó. La luna iluminaba el campo. De pronto los zapatos lo impulsaron a levantarse y su sorpresa fue muy grande al ver que se hallaba en medio de un corro de enanitos, que comenzaron a cantar en voz alta, mientras saltaban con alegría, esta canción:

Abramos nuestras arcas
en esta noche de luna,

para que pueda vaciarlas
una mano buena y pura.

Abramos nuestras arcas
en la noche de San Juan,
para ver si al fin llega
quien se las ha de llevar.

Que no sea grande ni rico,
ni tampoco sea galán,
pero que lleve zapatos
con suela de cordobán.

Después de mucho cantar y bailar alrededor de él, todos los enanitos a un tiempo se agacharon y, como si fuera una enorme alfombra, corrieron la capa de césped y dejaron al descubierto los inmensos tesoros que acumulaban bajo tierra.

En seguida tomaron un saco de cuero y lo llenaron de monedas de oro y plata, y de piedras preciosas y se le ofrecieron al muchacho con manifestaciones de simpatía.

El estaba asombrado, la emoción era tanta que de pronto sintió que perdía las fuerzas y se desvanecía, oyendo las voces de los enanitos y el tintineo de las monedas.

Cuando despertó ya era de día. Creía oír siempre el canto de los enanitos, pero eran los pájaros que saludaban al sol. Con lentitud se levantó, cogió el saco y partió de nuevo. Pensaba en su madre y en sus hermanos, en qué sería posible estar reunidos de nuevo en el hogar.

Esta vez los zapatos lo fueron llevando por otro camino y así, pasó primero por la catarata de plata y al reconocer a su hermano mediano, el más alegre y cariñoso, convertido en estatua, lloró amargamente; y después, al pasar por la fuente de oro y ver a su hermano mayor, el más fuerte y hermoso, transformado en estatua de oro, sintió un dolor tan intenso, que creyó no poder soportar.

El peso del saco era cada vez más grande, sobre todo que le parecía que su contenido no tenía ningún valor para él, ya que no podría compartirlo con sus hermanos.

Pronto llegó al taller del zapatero, que no estaba a la puerta. Lo llamó y salió. Entonces él se echó a sus pies y le pidió ayuda para salvar a sus hermanos.

El anciano le dio dos martillos, uno de oro y otro de plata y le dijo:

—Vuelve donde tus hermanos y golpéalos con fuerza el corazón, a uno con el martillo de oro y al otro, con el martillo de plata, hasta que logres que sangren. Esa es su salvación: que se limpien de la malsana ambición que los cegó.

—Y si la sangre no corriera? dijo el joven con ansiedad.

—Entonces no habrá remedio y no retornarían más la vida. Pero ten confianza en tu cariño que puede hacer el milagro y ponte este par de zapatos sobre tu corazón y al decir esto le dio unos zapatitos de cuero diminutos. Ellos son el símbolo de que sabes dirigir bien tus pasos por los caminos de Dios.

Así lo hizo el hermano bueno: los golpes de los martillos al romper los corazones, devolvieron la luz a los espíritus de los dos muchachos.

Al encontrarse de nuevo se abrazaron y lloraron de alegría.

Después, los tres juntos volvieron al taller del zapatero, pero ya no lo encontraron. La casa y el viejo habían desaparecido, sólo hallaron el saco del tesoro de los enanos, que había dejado allí.

Prestamente emprendieron el retorno al hogar, en busca de la madre que llena de confianza los esperaba.

Y cuenta la leyenda que pronto el tesoro se transformó en casas, jardines, templos, campos de cultivo, que fueron atrayendo a la gente. Que en el transcurso de los años nació una gran ciudad en donde los hombres que la habitan se aman, se ayudan y son felices. Que esta bella ciudad en la cual hay siempre paz, está rodeada de altas montañas que la aíslan del resto del mundo, pero que cada cien años, en la mañana de San Juan pueden verse sus torres, cúpulas y techos. Sólo que quienes han logrado verlas los confunden con los bellos celajes del amanecer.



ABRIENDO BRECHA

El Poeta Inédito Adilio Gutiérrez Morales

Por Carlos Luis Sáenz.

¡Cómo lo atormentaron porque escribía versos, él, un simple maestrillo de escuela rural! Algún "jefe" se burló del ingenuo maestro que escribía aquellos sus poemas cortos cuyos versos no se ajustaban a número de sílabas contables con los dedos, faltos o deficientes de rima y sobre todo, malos, malos, por incomprensibles. Un fracaso. A juicio del "jefe". Se le aconsejó para su bien y tranquilidad de conciencia, que abandonara la creación bella. Además, al "jefe" le resultaba embarazoso contar entre sus subordinados maestros del circuito escolar, a un sujeto que por sus escritos publicados en cualquier rincón de los periódicos, era ridiculizado —sin ingenio y con la más absurda grosería— en las columnas sabias de la prensa casera.

Deshechó —heroico en su intimidad— el buen consejo de Sancho Panza (tuvo valor para no quedar bien con el "jefe"), y continuó llenando de versos y de poesía cuadernos y cuadernos, de esos cuadernos corrientes en que hacen sus tareas los escolares.

En esa época de zozobra se refugió al amparo de la amistad de Carlos Luis Sáenz; Don Joaquito le renovó el ofrecimiento de un lugar en su Repertorio Americano; en su propia aldea —San Francisco de Heredia— don Luis Dobles Segreda le manifestó su simpatía estimulante y don Enrique Macaya —que lo había descubierto— lo trató y le dió el consejo opuesto a aquel que le había dado el "jefe". Es probable que, gracias a estos oportunos estímulos no se apagara parte de la música sencilla de este poeta campesino el cual apenas si tuvo tiempo para dejarnos escritos, a mano, unos veinte o treinta cuadernos de versos, con abundante poesía original, patrimonio valioso de nuestras letras patrias.

Vivió Adilio menos que Rafael Estrada Carvajal; no tuvo

oportunidad de ver impreso ni un solo libro de sus versos. Sirviendo en una apartada escuela en Guanacaste enfermó de gravedad y vino a morir a Puntarenas, en circunstancias casi trágicas. Ni la Universidad ni la prensa nacional, ni siquiera la Escuela Normal se enteraron de la muerte

del poeta. Su obra ha sido, dichosamente, conservada por la piedad de su viuda y si no completa, se impone, por deber de cultura, publicar por lo menos sus más valiosas composiciones que formarían un digno y bello libro del poeta Gutiérrez Morales.

Las Noches de Rafael Estrada Carvajal

(Estudiante en Heredia)

¡Qué ímpetus e inquietudes los de aquel estudiante! Participaba, destacándose, en cuanta actividad promovía la Escuela Normal —dirigida a la sazón por GARCÍA MONGE.— En aquel hervidero de fervores —Edad de Oro de la institución inolvidable— empezamos a tratarlo y a conocerlo: supimos que era ramonense, como Corina, como Emma, como Ania; que se llamaba RAFAEL ESTRADA CARVAJAL, que estudiaba violín, y que hacía versos. Nos hicimos amigos.

Se alojaba en casa del maestro Cortés —maestro zapatero con taller familiar en su propia vivienda, tipo, el maestro, de aquellos varones provincianos, hoy casi desaparecidos, cuyas virtudes ejemplarizaban para nuestras vidas con sobra de excelencias. En casa del buen maestro zapatero, su hijo, Rafael Cortés Ch., compartió con Estrada inquietudes amplias y cuarto dormitorio pequeño. ¡Qué bien se entendían ambos Rafaelés!

Aquel cuartito de estudios pronto se convirtió en célula de reunión de desvelados adolescentes, que allí se congregaban para leer y discutir; ¡oh primeras lecturas, libros de Platón, Esquilo y Herodoto, o de Juan Ramón y Darío!

Noches de encantamientos en las que el violín del ramonense —violín de principiante hábil— se endiablaba ejecutando músicas llameantes: Traumerai, La Serenata de Koubelick— favori-

tas—flotando en el silencio provinciano de media noche.

Noches de confidencias en las que, con más íntimos temores que en los exámenes bimestrales, unos a otros nos íbamos leyendo las primeras composiciones... sentimentales. Eramos críticos severos: sentenciábamos sin apelación y el verso iba a parar a la canasta de la basura o lo guardábamos, amorosamente, valorado como joya de antología.

Noches de misterio —un tanto pueril y espiritista— en las que la luz becqueriana de una luna desmayada de doce de la noche, decidíamos irnos a visitar el cementerio de la ciudad y a meditar, durante un cuarto de hora, en aquel recatado escenario de mausoleos albos y de enano bosque de cruces negras, de silencio enlunado y de queridas sombras. Con los nervios vibrantes a causa de un miedo acechante, no sé qué podíamos meditar o experimentar en tales excursiones al cementerio. ¡Y esto que nunca vimos ni un fuego fatuo!

Noches de romance delicado y gratisimo: pasear temprano con las lindas novias colegialas; piropos, versos de amor —versillos y versitos— y, luego, bajo la inefable luna, ambular por las calles serias de la ciudad muerta; largas visitas de los santos de piedra de don Fadrique Gutiérrez en el templito del Carmen, o sesiones de lirismos incontenibles en el "parque", cerca de la fuente llorosa y monumental.

La "bohemia criolla", ésa, de

Antidio Cabal, ¿será su colección de Oro y Barro lo que tenga el privilegio de entregar a Costa Rica esas páginas de poesía de los cuadernos de Adilio Gutiérrez? ¿Cómo no le han de ayudar en esta empresa de generosidad de espíritu las instituciones culturales de Heredia: la Escuela Normal, el Liceo, los Leones, los Rotarios, la Sociedad Ala? El Ministerio de Educación Pública, jefado actualmente por un normalista, si ayudara a editar la obra de Adilio estará demostrando así que no todos los "jefes" de la educación nacional tienen la pasta de aquel que aconsejara colgar su péñola al sencillo poeta con apariencia de maestro de escuela.

cantinas, hosterías y prostíbulos, no injurió nuestra adolescencia. Amábamos la Normal y en sus aulas todos poníamos empeño y alma en ser buenos estudiantes. Esa Escuela Normal de Brenes Mesén, García Monge, Omar Dengo, Rómulo Tovar, José J. Vargas Calvo, Fauto Coto Montero, Rafael Salas, Anette Sicre, y mister Eckles, nos supo orientar en nuestras incipientes vocaciones; su Centro Ariel bajo el patrocinio de Rodó —brindónos la oportunidad de ir cobrando conciencia en las esenciales disciplinas del arte literario.

Rafael Estrada adolescente era delgado, pálido, anguloso en su semblante, evocador de un bravo fauno, brillábanle los ojos pequeños con reflejos metálicos de meteoro verdedorado; la nariz perfilada; la mandíbula prominente, signo de voluntad. Su temperamento impetuoso, inquieto, daba a sus gestos gran vivacidad y a sus juicios, la inteligencia alerta, aguda ironía; a veces, punzante burla. Cuando reía de buena gana, reía como un niño. Sin amaneramiento dandístico, vestía correctamente y era naturalmente elegante.

Sus versos, desde entonces, nos desconcertaban, no tanto por la novedad de su forma, como por los motivos o temas que los inspiraba. Estrada fue modernista ya entonces, sin saberlo, por la sola virtud de su substancial originalidad.

UNAMUNO

Por Pedro Soria



Para hablar de Unamuno hay que hablar de la Universidad de Salamanca, como para hablar de la Universidad de Salamanca hay que mencionar a Unamuno. Porque don Miguel fue el Rector por excelencia de aquel centro benemérito, ya siete veces centenario.

Hace tres años se reunieron en la histórica ciudad del Tormes delegaciones de todo el mundo, especialmente de la América Hispana, a rendir homenaje muy merecido a aquella muchas veces famosa Universidad. Es el foco de cultura más antiguo de España y uno de los más viejos del mundo. Sólo la de Bolonia y la de París le llevan algunos años. Es lo cierto que la Universidad de Salamanca tuvo principio muchos años antes de 1253, por iniciativa del Rey Alfonso IX de León, a comienzos del siglo XIII. El Rey Fernando el Santo le otorgó un privilegio en 1243. Pero la fecha celebrada hace tres años respondía a la bula papal de erección.

En 1953 el Rector convocó a un Congreso Universitario Internacional para la celebración del séptimo centenario y las distintas naciones respondieron, nombrando representantes a sus más eximios hombres. Setecientos años comprenden la historia total de la cultura de Occidente y las diversas etapas de la civilización hispana. Cuando el Faro de Salamanca fue encendido, no hacía mucho que juglares anónimos, rapsodas de hechos heroicos, comenzaron a crear la literatura de nuestra hermosa lengua. "Por el camino de Santiago —dice un cronista— vía principal de la cristiandad, marcharon en peregrinación piadosa, guerreros y artesanos, poetas y maestros del saber, todas las gentes de la cristiana sociedad medieval".

En aquel camino se encontraron los maestros de leyes y decretos de teología y medicina que acudieron al llamamiento de los reyes de Castilla para construir en Salamanca la muy noble Universidad. Dice el mismo cronista: "Después, las disciplinas liberales reunieron a la alegre juventud, que elegía su Rector o mayoral como autoridad de corporación universitaria. Los privilegios reales crearon un fuego que dió seguridad a maestros y discípulos. Bien pronto la ciudad se llenó de colegios mayores como el viejo de Oviedo y el de San Bartolomé, para protección de los escolares pobres". Así, con los siglos, fue creciendo aquel ilustre centro.

Durante los años agitados del Cisma de Occidente, el Cardenal Pedro de Luna, con el nombre pontificio de Benedicto XIII, célebre como jurista, "redactó unos estatutos de la Universidad que duraron siglos, y dejó su recuerdo en edificios y fundaciones universitarias". Sigamos al cronista, cuya prosa sabrosa vala mil veces más que la nuestra: "El saber escolástico, la sutileza de los glosadores, la ciencia médica de los árabes, se mezclaban en aquellos tiempos con el alborozo, las burlas y la pobreza de la mayoría de los estudiantes. Después, en el Renacimiento, llegó avasalladora la cultura del humanismo con Antonio de Nebrija y Francisco Vitoria, y la astronomía con Copérnico, con Lope de Stúñiga, y los estudios bíblicos con Fray Luis de León, y el silogismo dió paso a la elegancia de los endecasílabos y a la prosa ciceroniana de Brocense y de Arias Montano".

Condensemos nuestras lecturas haciendo ver que Salamanca disputa a Alcalá la supremacía

del Siglo de Oro y que vuelve a recoger en el "siglo de las luces" la inquietud universal con Jovellanos, Cadalso y Meléndez Valdés, entre otros. Y en el magnífico movimiento del 98 remata con Unamuno, el formidable Rector que desde sus arcadas venerables irradia su pensamiento profundo en "Del Sentido Trágico de la Vida", "La Agonía del Cristianismo", "Vida de Don Quijote y Sancho" y tantos otros volúmenes excelsos, además de sus versos de oro. "Y así—termina el cronista— siete siglos de diverso ritmo, pero sin pausa alguna, viven en los claustros salmantinos, que no dejan de relacionarse estrechamente con las universidades de que se puebla el Nuevo Mundo, a partir del siglo XVI, las más de las cuales tenían la organización y los fueros de Salamanca".

Sigamos ahora con Unamuno, en este veintiovo aniversario de su muerte, ocurrida el 31 de Diciembre de 1936. Pero sigámolo en su Universidad de Salamanca, que dió ánimo a su alma y a la que su alma animó. Lo cual no fue obstáculo para que en la celebración del séptimo centenario no fuese siquiera mencionado el ilustrísimo nombre de Don Mi-

guel. Recordamos que *Le Monde*, de París, criticó acerbamente que entonces no se hubiera inaugurado el Museo de Unamuno. En diversas revistas y periódicos fue expresada la opinión universal de que el intento de exclusión de un homenaje en el programa de festejos conmemorativos del centenario, fuera una nueva demostración del sectarismo totalitario del régimen franquista.

Don Víctor Lorz, el muy unamunescos ensayista de los "Ocios Mentales" de *Reportorio Americano*, cuando se refiere a ese régimen, dice: "Franco y sus curas"... Efectivamente, el clero español fue quien se opuso a toda exaltación de Unamuno. Y es que el cura español vive en la Edad Media. El jesuita español se mueve en los tiempos de Felipe Segundo, en la Contrarreforma. Hay una inmensa diferencia entre el catolicismo peninsular y el francés o el norteamericano, para no enumerar sino dos. A Unamuno lo odian y atacan los clérigos de España por sus elucubraciones sobre la inmortalidad. Pero era profundamente religioso y así se destacó como pensador y maestro de una ética severa, sosteniendo que el hombre debe vivir de modo que merezca la inmortalidad.

Los representantes de países extranjeros a la festividad del centenario de la Universidad de Salamanca no se dieron cuenta, o no quisieron dársela, de un abyecto folleto que circuló contra Unamuno, y le tributaron los debidos homenajes. También algunos españoles ilustres, desafiando el régimen, cumplieron con el Maestro. El doctor Marañón llegó desde Madrid expresamente a pronunciar un discurso laudatorio. El compositor Joaquín Rodrigo hizo una solemne cantata sobre cuarenta versos del hermoso poema unamuniano a Salamanca, del cual son estos:

Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta. Cuando yo me muera,
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.

Y cuando el Sol al acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
dí tú que he sido.

Hasta donde fue posible, decía una revista, la Salamanca universitaria se mostró leal con el encargo del famoso Rector que

restauró las glorias pasadas en la palabra fervorosa de su cátedra y en las luminosas páginas de sus libros. Es bueno recordar que

también Fray Luis de León sufrió odio y que "la envidia y la mentira" lo persiguieron incesantemente. Todavía tenemos presentes las palabras que un escritor español desterrado escribió entonces. Decía, más o menos: "Pero parecía que Unamuno no tenía que reñir análogas batallas después de muerto, y por ello algunos organizadores del

festival del centenario invocaron, como era su estricto deber, el nombre del gran Maestro".

A pesar de la imposición dogmática, grosera y permanente del poder totalitario, la antigua casa rectoral conserva viva la memoria de Unamuno; y la conservará mientras algo cuente el castellano como lengua de pueblos libres.

pues obras como las suyas y poemas como "El Cristo de Velázquez" importan tanto para todo el género humano, que borrarlos equivaldría a suprimir al otro glorioso Don Miguel, autor del *Quijote*, también encantado de Salamanca, y a Fray Luis de León. Repitamos, para concluir, estas palabras de un crítico acertado: "Siempre el rasgo agónico, tan

caro a Unamuno, sólo que ahora la lucha es desigual, y no por su daño. A su austera gloria en nada daña al brote persecutorio. Al simple buen sentido de quienes han tratado de cumplirla, no dice lo mismo la desatinada ocurrencia". Es verdad. Pero la gloria de Salamanca sí fue empañada por el franquismo oscurantista.

Lectura de Miguel de Unamuno

Por Alfredo Cardona Peña

Mi don Miguel, gajo de raza,
corazón ácido está aquí
dictándome su fiecha ardiente
o su retama a contraluz.

Nervios de palabras, venas,
maceteros de amor escrito,
ósculos, pedraditos y ayes
todos los días se plantaron,
hasta nacer el bosque inmenso,
el hondón que no tiene fin.

Huraño candor, fuerte trozo
del habla que en su mano fue
como hueso desempolvado
donde llega el viento a silbar.

Don Miguel, cuya lengua ha sido
hecha de terrones sedientos,
amamantada por estrella,
remecida por el sudor.

Pues todo lo que le leímos
no fue bastante. había más:
su diaria canción escondida,
su secreto a gritos de él.

Aquí todo está con su voz,
aquí la voz en su verdad,
aquí el espíritu en su llama,
y el hombre en su restitución.

Agonía toda salud
porque duerme en la muerte viva,
y viviendo muerte nos deja
la calentura de su mar.

De su mar que resta las olas
y se queda con caracol
para escucharse en el silencio
que ha tocado la inmensidad.

Ay, don Miguel, profeta esquivo,
sumo lector de la pasión,
sin nadie entre la muchedumbre,
multitud de la soledad.

Oh poeta del Cristo trágico,
tinto de llaga, vuelto al ay:
la España que tú apasionaste
repitió la crucifixión.

Ven, y con todas tus raíces
de verbos fuertes como el sol,



instrúyenos en scplo ardiente,
alecciónanos para hablar,

apártanos de lo bonito,
tráenos los versículos, la hoz:
prodúcenos indignación, ritmo áspero,
danos a beber Mateo, Lucas, Juan.

Mira don Miguel de Unamuno
cómo andaremos de fatal,
que en el índice te han marcado
los que no llegan a pulgar,
y suprimen tu rectoría
y te cesan en heredad.

Tú que a América dedicaste
artículos de buena fe,
tienes en España ataúd
y en nosotros vitalidad.

Rescataremos tu sepulcro
del que epístolas brotarán,
como tú rescataste el yelmo
del Caballero de la Paz.

Pues como Pascal te cosiste
en el gabán la inspiración,
y ahora que estás hecho polvo
continúas piedra de afán.

En esa piedra yo quisiera
machacar el "versito azul",
hasta hacerlo chorrear sangre
para bebérmelo después.

Comulgar así con la entraña
del universo al hombre unido,
como hacía bajo su estrella
el azteca goteando luz.

Leer a San Pablo y a Marx
como quien junta fuego y tierra,
y ser cristianos como Hus,
que amaba la revolución.

Tener dignidad suficiente
para apartarse del rebaño,

y firmar al lado del pueblo
que pide más, que tiene sed.

Acariciar a contrapelo
la armonía de la vocal
y poner en la honda un verso
que se lanzase a lo David.

(Oh ritmo cojo, roto, lento
en donde él quiso dejar
virutas del alma temblando,
borras viejas de la ilusión).

Pastor laico, que zumo hebreo
exprimió hasta hacernos llorar;
rastreador de Salmo y de Himno
como Sem Tob, como Fray Luis.

Varón recio de las Españas,
bronca ternura, labio fiel,
que día a día fue midiendo
su corazón en el almud.

Danos odio para el tirano,
organízanos para Abel,
inaugura un curso de honra,
avergüenza el falso deber.

Rompe títulos honoríficos
que se dan al mejor postor,
y sigue dictando tu cátedra
contra el señoreo peal.

Nunca permitas que me alejen
de la poesía, que es mi ley,
y haz que como tú meditemos
cada día bajo su flor.

Tu íntimo escudo, la lengua
que escudriñaste para ser,
venga a nosotros como el reino
de una sustantiva altivez.

Ella nos limpie de miseria
y nos fije en la libertad;
arma sea, no odio blando
donde se apaga su esplendor.

Vives, doctor, y con tus libros
has ganado el nunca morir,
porque tu obra es en los pueblos
fe, esperanza y comunidad.

El Diario Poético de Don Miguel de Unamuno

El Pleito de las Generaciones

350

Es el traspaso de la patria, amigo;
para nosotros es su ocaso;
la nuestra se nos fue;
en su recuerdo encontrarás abrigo
y al llegar al último paso
te escoltará la fé.

Te escoltará la fé de que la nuestra
la que soñándola forjamos
es ya historia inmortal
de Dios en el regazo es muestra
de cómo nos le asemejamos
español natural.

Es el traspaso de la patria, calla
dejarles que hablen mientras dura,
un día ha de venir
que nietos de estos hijos la batalla
ya olvidada por ya madura
nos han de bendecir.

1006

Tú, Virgen de los Dolores.
Conciencia del Universo,
da a mi doloroso verso
la eternidad de las flores,
sueños del último amor;
dormir sin pena ni gloria
es la nada sin historia;
la conciencia es el dolor.
El que no pena no siente,
el que no siente no vive,
y al no vivir no concibe
cosa que al hacerle frente
le haga de nada ser cosa,
y se pierda en la hondonada,
Virgen Todopoderosa.

1129

La leyenda negra, la leyenda blanca,
la leyenda roja, la leyenda azul,
mécese leyendas, nubes, Salamanca,
de tu cielo de oro bajo el claro tul.
La negra leyenda, la blanca leyenda,
la roja leyenda, la azul, al pasar
tejen en tu cielo una linda venda
con que Dios bendito nos venda al mirar.

1131

Roja carne de mi lengua
roja lengua castellana,
escupo la blanca mengua
que pega la caravana
a tu sangre que no miente
que no lame, que no moja,
sino quema; lengua hirviente
carne viva, carne roja.

1196

Siglos de oro y el moro,
de la onza y del ochavo,
mi España de cabo a rabo
reyertas formaron coro.

Soñó mi España su vida,
vivió mi España su ensueño,
cifró mi España su empeño
en no acabar la partida.
Y hoy que mi España ya ha sido
y que comienza otra España
va a renacer en mi entraña
la que España da al olvido.

1207

Ensíllame a Clavileño,
tierna sombra de Cervantes,
voy a buscar los gigantes,
de las ínsulas del sueño.
Juntos en el cabalgaron
Don Quijote y Sancho Panza;
sobre la misma esperanza
juntos los dos se abrazaron.
Juntos los dos, caballeros
de leño, leño de cruz,
vendados vieron la luz
de los sueños verdaderos.
Véndame a España la vista
y ensíllame tu artilugio;
voy a mi último refugio,
voy a mi última conquista.



La vieja vendedora de frutas de navidad
Xilografía de Guillermo Jiménez Sáenz.

De la Leyenda Aborigen

Por Belisario Fernández Soto

Al ilustre Maestro

Don Joaquín García Monge
en testimonio de admiración
y afectuosa amistad.

B. F. S.

"Siempre he creído que las leyendas, tradiciones y fábulas forman parte tan real de la historia de un país como las proclamas, tratados o reformas constitucionales".

Esteban Vincent Benet

LEYENDA BRUNKA

En cierta ocasión, hallándome de visita en una pequeña estancia del señor Clemente Pana, próxima al villorrio de Sierpe, del Cantón de Osa, me decía este amigo, una noche de amena charla, que los brunkas, en cuya sociedad había estado casi toda su vida, poseían leyendas bellísimas, casi olvidadas hoy; y se lamentaba de la indiferencia de los doctos en historia patria que no se han interesado por recoger esas tradiciones de nuestras razas aborígenes antes de su completa extinción.

Han transcurrido los años y no he visto que se haya abordado ese interesante estudio. Creo, sin embargo, que aun es tiempo de que los llamados a hacerlo tomen empeño en recoger, entre los más viejos representantes de aquellas tribus, los hermosos mitos que heredaron de sus antepasados.

La censura del amigo Pana en aquel entonces me indujo a prestar atención a los ritos, las costumbres y festividades de los indígenas de aquellos valles, y a interesarme en las narraciones de sus Caciques, Sukias o Gamonales, y durante mis frecuentes visitas a los diversos pueblos de aquella vasta región logré captarme el cariño de jóvenes y viejos de quienes obtuve gran acopio de informes. A fuer de pre-

guntón recogía e hilvanaba historias contadas en rueda de familia o en tertulia de amigos, que ahora, después de largos años de dormir en las hojas de un viejo cuaderno de apuntes quiero dar a conocer para que no se pierdan, sabedor, sin embargo, de que carezco de aptitudes y de ingenio para hacerlo con la propiedad y la elegancia que el tema exige.

Inicio estas narraciones con la historia de la Princesa Turé Huá, que me fue relatada por la compañera de Pana, oriunda de Boruca, que ella, a su vez, había obtenido de su abuelo centenario Gregorio Vidal. Las dos leyendas que le siguen fueron zurcidas con relatos escuchados a Emilio Ortega, los Beita, los Altamirano, los Villanueva y otros cuyos nombres hoy no recuerdo; y si bien una de ellas está matizada por la exuberante fantasía del protagonista relator, —quien probablemente poseído de pánico o bajo el efecto de la chicha creyó ver y oír lo que relata,— pienso que no se aparta del espíritu conceptual que la originó, puesto que, con pocas variantes la he oído tanto en Térraba como en Canoas, en el linde con Panamá, una distancia de más de cien kilómetros.

Quien leyere estos mal hilvanados apuntes podrá juzgar cuánto puede hacerse todavía para extraer de sus "huacas" los mitos, las leyendas y las supersticiones de nuestras razas autóctonas, leyendas que el polvo de los siglos mantiene soterradas en distintos lugares de este bien amado suelo que Dios nos dió.

Queda, pues, planteada la idea para que otros, con mayor idoneidad, prosigan la tarea emprendida y contribuyan así a enriquecer los conocimientos que tenemos de los primitivos habitantes de Costa Rica.

TURÉ HUA

PREAMBULO

Cuenta la tradición que, en épocas remotas, en un extenso valle cruzado por el Río Grande de Térraba, habitaban dos tribus enemigas gobernadas por los caciques Uruskara y Dufará, quienes habían chocado en sangrientas refriegas de las cuales ninguna ventaja habían obtenido.

Andando el tiempo aconteció que Porubrí, joven y gallardo heredero del cacique Uruskara, se prendó locamente de la princesa Turé Huá, bella flor de quince abriles primogénita del bravo Dufará. No pudiendo unirse a ella a causa de la tradicional enemistad entre las dos tribus, Porubrí, astuto y valiente, concibió el proyecto de apoderarse de su amada, sin meditar en las consecuencias de su temeraria determinación, y, con tal propósito, muchas veces se había internado furtivamente en el linde enemigo. Muchos soles y muchas lunas lo habían visto tendido entre hirsutos chamarrales en constante acecho, pronto a servirse del momento decisivo para coronar su ardiente deseo y así, sobre la escarpada peña o a través de la espesura virgen, Porubrí había es-

piado a la dueña de sus pensamientos cuando ésta tomaba su baño cotidiano en el Gran Río, asistida por sus siervas y guardada a prudente distancia por flecheros del Palenque Real. Más de una vez, desde un recóndito paraje, el atolondrado mozo pudo contemplar a la elegida de su corazón en toda su esplendente desnudez; a la encantadora Turé Huá, la de los turgentes senos, la de los ojos de gacela, la del cuerpo escultural... y Porubrí tembló de arrebatada pasión admirando extasiado la figura de aquella virgen núbil, bronceína belleza de inmaculada perfección!

Por fin, al correr de las horas y al andar de los días, una oscura mañana de invierno llegó el momento esperado por el fogoso doncel. Aprovechando la oportunidad en que la población enemiga dormía después de varios días y varias noches de orgías bacanales, Porubrí, en un alarde suicida, se apoderó de la encantadora Turé Huá, huyendo con ella a través de la selva virgen para internarse en territorio de su propia tribu.

Descubierto por flecheros del cacique Dufará y perseguido de cerca por éstos, Porubrí pudo llegar hasta el pie de un pequeño cerro en donde hizo frente a sus perseguidores, a quienes venció dándoles muerte con sus propias armas. Más, ay!, las flechas enemigas, mal dirigidas por los sorprendidos arqueros, habían atravesado el corazón de la desdichada Turé Huá, dejándola sin vida sobre el campo que se tiñó de carmín con su sangre inocente.

El castigo de Sibú o Juez Supremo, no se hizo esperar, y Porubrí fue transformado allí mismo en el Ibíh Oguá, o monstruo diabólico, quedando condenado



a morar eternamente en la entraña del cerro donde cayó su amada. El espíritu de la princesa fue convertido en diminuto colibrí y de su sangre y cuerpo surgió una fragante madre selva de campánulas rojas que alfombra miríficamente el domo de aquella colina, conocida por los naturales con el nombre de Kak-Turín. Las flores que allí crecen, de un fulgente escarlata, ofrecen el dulce licor de sus cálices a las bandadas de colibríes que las cortejan todo el año, revoloteando entre el hábito de su perfume embriagador.

Tal la historia de la Princesa Turé Huá cuyo espíritu, según la leyenda, sigue viviendo en el cuerpecito tornasol del colibrí.

TURE-HUA: *Colibrí en lengua Térraba o Brurán.*

IBIH-OGUA: *Animal brujo.*

KAK-TURIN: *Región Infernal.*

EL IBIH OGUA

Arrecia la tormenta, sopla el vendabal con furia asoladora y la barca en que bogamos amenaza zozobrar. Hace varias horas que viajamos a la deriva desde Lagarto, rumbo a Palmar, por el Río Grande de Térraba. Somos tres viajeros: Leiva, el botero, Emilio Ortega, sacamuelas-curandero y el que suscribe. Ocupan también puesto en el bote dos cerditos que Ortega lleva como precio adquirido por servicios profesionales y que le servirán para adquirir otras cosas. El botero dirige la canoa hacia la orilla donde se divisa un rancho y salimos para guarecernos allí de la tormenta. El rancho está abandonado, mas, a pesar del estado ruinoso en que se encuentra, algo nos resguarda de la borrasca. En estas vastas soledades, lejos de toda civilización, en donde el hombre vive en constante lucha con la naturaleza, la lluvia no es obstáculo que entorpezca un viaje o que impida un trabajo; pero es que esto no es lluvia, es un diluvio aterrador acompañado de pavorosa rayería que está azotando la región desde el día anterior.

En la única pieza del rancho hay un fogón de tierra que hemos encendido para calentarnos y arreglar algo con que entretejer el esómagu. Al caer la tarde hemos decidido quedarnos allí hasta el amanecer, y para matar el tiempo se cuentan historias de naufragios ocurridos en el Gran

Río y de personas amigas que encontraron la muerte en otras tormentas como la que presenciábamos. Sale Leiva corriendo a varar el bote sobre tierra y vuelve trayendo los dos marranos que ahora dormirán también bajo techo, es decir, en el suelo junto a nosotros.

Ahora que estamos completos, dice el medicastro, voy a contarles lo que me sucedió una vez por estos lados, cuando yo era joven. Y comenzó su narración de la siguiente manera: "En mi oficio como buhonero, dentista y curandero solía yo hacer, como lo hago ahora, un largo recorrido entre Buenos Aires y El Pozo, en cuyas giras invertía dos o tres meses. En Boguré, pequeña ranchería de la que apenas quedarán ahora un par de chozas vivía el Sukia Natalio, a una legua escasa del cerro que, según los naturales, es hueco como cáscara de nuez, porque su interior sirve de morada a un joven cacique que fue transformado en monstruo por el Todopoderoso como justo castigo a su diabólica conducta. Dice la superstición que el día de la vigilia de San Juan ese monstruo sale de su encierro difundiendo el miedo en toda la población, y según Natalio, esa salida anual la hace con el deseo de encontrar una doncella a quien raptar. Esa noche nadie se aventura fuera de los ranchos.

No dando crédito a las supersticiones de aquellas gentes sencillas, me interesé como cazador en

el relato de Natalio, anticipando una gran aventura que afianzaría mi fama en aquellas regiones. Me propuse volver con armas y perros, mas, para no lastimar la credulidad de aquellos amigos con mi falta de fe en su relato, prometí regresar para la fiesta de San Juan, que estaba próxima, con el fin de sorprender al monstruo que saldría esa noche, en la seguridad, por supuesto, de que si algo habitaba en el cerro, tendría que ser un animal de carne y hueso que por fuerza habría de salir todas las noches a merodear en la selva.

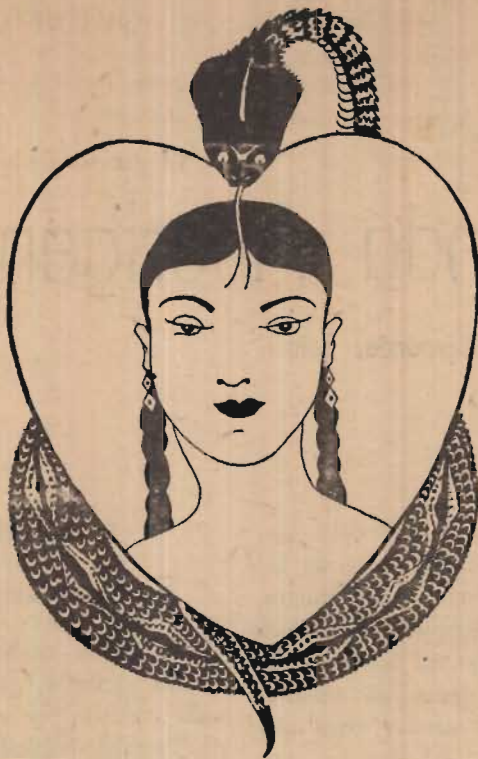
Me fuí a Boruca en busca de Lolo Villanueva, mocetón ágil y valiente que me había acompañado en otras aventuras de caza, y con él llegué a la ranchería el mismo día de la fiesta de San Juan que los indios celebraban con ceremonias y borracheras. El jolgorio se había iniciado y casi todos los habitantes se encontraban ya a media tranca con chicha de shikrá y vino de palma, que las viejas repartían en huacales de calabazo. Natalio se alegró de nuestra visita pero no quiso cooperar en la aventura que íbamos a emprender, ni permitió que lo hiciera ninguno de los hombres del poblado; tal el miedo o el respeto que les infundía la tradición de sus mayores.

Sin perder tiempo me fuí con Villanueva a explorar nuestro campo de operaciones y a medida que nos acercábamos al

cerro aumentaban las emanaciones perfumadas y la belleza de su colorido, pues estaba totalmente cubierto de flores. Parecía un gran pastel adornado de confetti multicolor, pero, al mismo tiempo, notamos que la espesa vegetación que lo cubría como gruesa alfombra, probablemente inviolada durante siglos, descansaba sobre erizada maraña de sarmientos de afiladísimas espinas que lo convertían en un baluarte inexpugnable. Descubrimos, además, que el cerro tenía una abertura o grieta hacia el Oriente, capaz de permitir la entrada a una persona, pero para ello había que chapear una trocha que lo facilitara, y, punto y seguido, entre los dos dimos principio a la ardua tarea. Trabajamos más de una hora y hubimos de suspender la faena a causa de la fuerte lluvia que ya se hacía insoportable, pues estábamos calados hasta los huesos. Sin embargo, ya era poco lo que faltaba para dejar expedida la entrada.

Regresamos al rancho a secar nuestras ropas y a esperar que cesara la lluvia, lo que no ocurrió sino hasta el anochecer. Aguardando en vano a que nos alumbrara la luna nos reconfortamos con unas cuantas jícaras de vino de palma, y hacia las siete y media de la noche nos dirigimos al cerro, dejando los perros amarrados por temor a herirlos en la oscuridad. En aquellos tiempos no se conocían los focos de batería y todo lo que llevábamos para alumbrar nuestros caminos y defendernos de las andariegas bucaracás, que allí son numerosas, era mi modesta linterna de canfin, además de unos talismanes que nos había facilitado Natalio contra las víboras, llamados por los indios krúa-kúp, a los cuales les tienen gran fe.

Al acercarnos al cerro, apagamos la linterna para no infundir temor al animal que hubiere en la cueva y nos dispusimos a esperar pacientemente; profundo silencio reinaba en el bosque solitario. Después de larga espera con nuestras armas preparadas, que teníamos cargadas con balas tigreras, empezó a clarear un poco con la luna, que se alzaba a nuestras espaldas, y cuyos reflejos, embotados por las nubes, proyectaban sombras caprichosas que daban a los árboles la apariencia de fantasmas; pero



nuestro ánimo no decaía. Estábamos parapetados en una gran piedra que nos ocultaba, a pocos pasos de la cueva, desde donde teníamos buena visibilidad a pesar de las tinieblas.

No sé cuánto tiempo había transcurrido desde nuestra llegada o si me había dormido, cuando, de pronto, sentí que Lolo me sacudía haciéndome señas de que estuviera alerta. En ese momento oí rechinos y ruidos sordos como de algo que rozara en la maleza, y dentro de la oscuridad de la cueva surgieron dos ojos centelleantes de un bulto que avanzaba hacia nosotros. Cuando estaba a diez pasos de nuestro escondite Lolo disparó de primero; el estruendo fue terrible en el silencio de la noche, pero el animal no pareció darse por entendido. Lo creí muerto y ya me disponía a salir de nuestra trinchera, cuando lo oí olfateando con grandes resoplidos. Me extrañó la falla de Villanueva que era muy buen tirador y entonces seguí yo disparándole al centro de los ojos los dos cañones de mi escopeta, pero el resultado fue parecido al anterior. El animal, que estaba completamente fuera de la cueva, se irguió sobre sus cuartos traseros, lanzó un aullido horrible que me puso los pelos de punta y dejando oír unos baladros espantosos dió media vuelta y se internó de nuevo en la madriguera en forma erecta, al mismo tiempo que le descargábamos nueva andanada por la espalda. Fué en aquel mismo momento que Lolo, tomándose violentamente por un brazo, me arrastró a todo correr hacia los ranchos donde encontramos a Natalio y a los demás moradores de su palenque acurrucados en los tabancos, poseídos de la mayor agitación: habían oído nuestro tiroteo y el aullido del monstruo y ahora leían en nuestros semblantes el pánico que nos era imposible ocultar. Yo no pude conciliar el sueño en toda la noche cavilando sobre las incidencias de lo ocurrido y deseando que transcurrieran las horas con toda rapidez para conocer la verdad de nuestra pifia.

Con la luz del día y reanimados con unas jicaras de fuerte vino, nos fuimos con los perros hacia el cerro esperando encontrar muerto o mal herido al animal que habíamos acribillado

No encontramos el menor rastro de sangre a la entrada de la cueva, pero sobre la tierra reblandecida por la lluvia del día anterior vimos, bien impresas, huellas de pezuñas tan grandes como las de una res. Yo no daba crédito a mis ojos. Lolo se santiaguaba balbuceando no sé qué rezos; pero lo que nos dejó pasmados fué la actitud de los perros que no quisieron ni ver las pisadas, antes bien, oteando el aire, salieron huídos con el rabo entre las patas y grifo el espinazo, deteniéndose a unos veinte pasos desde donde nos llamaban con gemidos de temor que daban lástima. Desde entonces creo en las supersticiones de estas gentes".

Y si, lector, dijeres ser cuento, como me lo contaron te lo cuento.

— o —

RARA AVIS

En Palmar —no en el de la Compañía Bananera que llegó años después de esta historia, sino en el de los indios, llamado hoy Palmar Norte—, trabé amistad con el señor Guillermo Kupfer, explorador alemán y coleccionista de aves y pieles, quien, a la sazón, se hallaba de paso hacia Panamá, viajando por tierra en compañía de un joven antioqueño que le servía de ordenanza. A instancias suyas y haciendo a un lado mis ocupaciones, convinimos en llevar a cabo una excursión de caza y pesca, en a-

guas del Río Grande de Térraba, para lo cual contratamos los servicios del indio botero Leví Granda y los de un chico nieto suyo como ayudante.

El día señalado para el viaje nos reunimos de madrugada a la orilla del río y poco después nos deslizábamos aguas abajo arrastrados por la corriente, que en algunos trechos es bastante fuerte. Reinaba aún la oscuridad y el silencio era interrumpido tan sólo por el chapoteo del agua al ser golpeada por el canaleta, o por el vuelo de las aves nocturnas el cruzar el espacio en busca de retiro.

Al despuntar el alba ya habíamos atravesado el último torbellino y bogábamos en aguas más profundas, a muchas leguas del sitio de nuestra partida. Los rayos del sol naciente comenzaban a teñir de arreboles las copas de los árboles más altos y las crestas de los montes lejanos se inundaban de la belleza y del mágico hechizo de aquel amanecer maravilloso de la selva tropical, poblada ahora de vagos murmullos que llegaban a morir en los oscuros remansos del Gran Río.

Próximos a cruzar frente a la Ensenada del Cangrejo, resolvimos hacer un alto para almorzar en el rancho del chiricano Eudoro Montiel, hombre bueno y servicial, viejo amigo del que esto escribe. El río mide allí unas doscientas brazas de banda a banda y al atravesarlo buscando la entrada a lo de Mon-

tiel, divisamos en el playón de arriba la figura de un animal como un perro, pero que no era a juzgar por la manera de moverse en busca de algo que tomaba del suelo. Al antieño le pareció que era un oso hormiguero mientras que el indiecillo, con gran exaltación, le decía al abuelo en su dialecto que era un bugarín, pero el viejo negó asegurando que era el Orúbugú, y dirigiéndose al alemán le dijo: Tire, señor, es un Tulumuco. Kupfer se echó el arma a la cara pero en aquel instante el felino, que nos había sentido, se internó en la espesura. Varamos el bote en la ribera para seguirlo y allí vimos las huellas bien marcadas sobre la arena. Había estado comiendo cangrejos que sacaba de sus hoyos. Dispusimos internarnos para buscarlo y nos dirigimos a un claro distante unas cincuenta varas dentro de de aquel enmarañado laberinto, pero al ir a saltar un grueso tronco que estorbaba nuestro paso nos gritó el botero que nos detuviéramos. Le pedí explicaciones presumiendo que había visto la pieza que buscábamos, y por toda respuesta nos dijo. ¡Oícala!, ¡oícala! Es la lengüebraja, retirense de ahí pronto!...

Distinguiendo entre los mil ruidos de la selva, no fue sino hasta entonces que percibimos la cháchara de un pajarraco que luego vimos sobre una rama, parecido a nuestro *Pecho Amarillo*, aunque un poco mayor que éste, el cual, con las alas y el pico semi-abiertos y las plumas de la cabeza erizadas, emitía unos trinos agudos y penetrantes que parecían decir: Huíbin... huíbin... repitiéndolo muchas veces como en gran zozobra, pues danzaba de rama en rama y descendía hasta el suelo para elevarse para elevarse de nuevo a la rama. El indio nos explicó rápidamente que el pájaro nos estaba anunciando la presencia de una víbora mortalmente venenosa, y no tuvo que repetirlo, pues nos faltaron piernas para regresar más que de prisa a la orilla del río. Allí nos terminó de contar Leví el caso de la pajarrilla, relato que fué confirmado y ampliado por el patriarca Pedro Figueroa y por otros viejos amigos oriundos de aquellos lugares. Rara Avis, me dije, pero he aquí que aquel suceso inesperado dió ocasión para re-

LA SEGURIDAD SOCIAL
ES LA SUPREMA ASPIRACION
DE LA SOCIEDAD DE HOY

Sólo cuando los hombres conquistan el
derecho a una vida sin temores y llena
de dignidad, aflora la paz en los espíri-
tus y nace la concordia en la humanidad.

CAJA COSTARRICENSE DE SEGURO SOCIAL

coger otra leyenda brunka que transcribo bajo el título de

HUIBIN

Relata la tradición que hace más de un milenio, antes de que los hombres Sihuas llegaran desde el mar, habitaban en las márgenes del Kabagra, felices y tranquilos, dos hermanos gemelos, jóvenes de veinte años, bizarros herederos de las dinastías de Uriabá, de remotísimo pasado. Eran ellos Ukrá-Ak y Bukar-Ak. Siendo, como eran, vástagos de estirpe real, en no lejano día habrían de regir conjuntamente los destinos de su raza como sucesores del viejo Cacique, consecuencia conocida y aceptada con agrado por todos los pobladores de aquellos valles. Todos sus gustos, sus alegrías, sus deseos todos eran, idénticos en los dos manebos, de manera que cuando el viejo Cacique se ausentara para siempre a morar en el valle de Mok, la potestad sería compartida indistintamente por los dos caudillos sin la menor molestia, pues se amaban entrañablemente.

Pero Debá, que en todo haen acecho en la espesura, le clavó una flecha emponzoñada por la espalda ocasionándole la muerte allí mismo.

El castigo de Sibú llegó al instante y el homicida Bukar-Ak fué convertido al punto en la temible víbora Bukaraká que algunos llaman Mano de Piedra y otros Toboba Chinga. La acción del veneno transformó a Ukrá-Ak en piedra inerte, y por una ironía del destino las piedras han servido siempre al indefenso caminante para aplastar la cabeza de las víboras que a su paso encuentra en aquellos valles. La coqueta Huíbin no escapó al castigo, habiendo sido transformada en la pajarilla que con sus gritos y espavientos nos anuncia la presencia de las víboras que acechan ocultas en la maleza.

Siendo físicamente semejantes los dos hermanos, para Huíbin era difícil distinguir al uno del otro, de manera que los dos eran correspondidos por igual con sus ardientes miradas y sus inocentes coqueteos.

¡Mas hay! Aunque los gemelos eran de idéntico parecido en su apariencia física, no lo eran así en su carácter: Ukrá-Ak era recio y apasionado; Bukar-Ak era osado y cruel. Sucedió, pues, que Bukar-Ak cobró a su hermano un odio mortal, odio alimentado por las inocentes zalamerías de Huíbin; y un día en que Ukrá-Ak atravesaba la selva en busca de su amada, Bukar-Ak,

Sibú: Dios.

Mok: la luna.

Ukrá: Piedra en lengua brunka.

Debá. Espíritu Malo, el Diablo.

Ak: Piedra en lengua brunka.

Bukar-Ak:... Toboba, Mano de Piedra o Bukaraká.

— o —

Nota: El Huíbin o la Lengüebuja, es el mismo pájaro que en Colombia se conoce con el nombre de Torcecuello. Es compañero de la víbora a quien pone alerta contra quien se le acerca. Es ave trepadora, con lengua como la del pájaro Carpintero, de la cual se sirve para alimentarse de hormigas. Las tobobas despiden un olor sui géneris, que atrae a las hormigas del género Atta, que son las que traga la Lengüebuja, y por eso la acompaña. ¿Qué otra explicación podría aceptarse para justificar esa estrecha asociación entre pájaro y víbora?

San José de Costa Rica, 1956.

Huíbin: pájaro hechicero o lengüebuja.

Bugurín: Manigordo. (Felis Pardalis).

Orúbugú: Tulumuco: (Galictis Barbara)

Sihua: Extranjero.



PILSEN

SABROSA ES POCO !



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.



Algunas Anotaciones sobre el Mar, visto a través de la Odisea

Por Carlos María Campos Jiménez.

"Un mar acogedor, un cielo cuyo esplendor se mantiene inmaculado con frecuencia a lo largo de los meses; una tierra árida, sin duda pero, no obstante, sonriente, tales son los elementos descolantes del paisaje ático que cantaron los poetas, ensalzaron los oradores y admiraron los artistas" (1). Tal el paisaje que el divino Homero grabó en sus pupilas siempre inquietas, tal el cielo y el mar, y la vida que cantó en sus poemas, tal la naturaleza de su Patria, la cual conoce y ama.

El espíritu poético de Homero debió sentir desde el primer momento la atracción inmensa de la naturaleza, y si bien es cierto que en sus obras faltan descripciones de paisajes, su capacidad para contemplarla y comprenderla es inagotable, y así se nos manifiesta en los símiles que hace, cuando nos lleva con el paciente Ulises, a través del "mar tan abundante en peces" (2) en busca de la Patria bien amada.

El espíritu Homérico manifiesto en la Odisea, conoce todos los recursos del alma, y aun cuando los símiles sean más abundantes en la Iliada que en la Odisea, en esta última, el poeta se nos muestra más humano. Las diferentes calificaciones que nos da de la naturaleza no son simplemente un recurso literario más, sino que guardan relación con las impresiones reales de los héroes ante su contemplación.

Pero lo que Homero ama sobre todo, es su mar patrio. Ese "inquieto mar" (1), como su espíritu, le servirá para mostrarnos

los inmensos recursos de su capacidad poética, y siempre nuestra imaginación tendrá del "inmenso piélago" (2) una visión renovada y distinta.

El mar es para él, el marco de toda su obra, y de tal modo lo tiene presente, que en su espejo encontramos a veces, retratados los conflictos del alma, que, como humanos tienen sus héroes.

En primavera, cuando las laderas de las montañas casi desaparecen bajo un manto encantador de florecillas de colores vivos, el "espumoso mar" (3), aquella "grandísima extensión de agua salada" (4) que en su "inquieto seno" (5) guarda tantos secretos, aparece a su vista, "ondulante" (6) "proceloso" (7) y "dilatado" (8), y ante ese bellísimo espectáculo, su espíritu vuelve de nuevo a recorrer los campos de su patria, y al recuerdo, tal vez, de la fértil llanura de Eleusis, el mar se convertirá, bajo el poder de su evocación, en una "líquida llanura" (9), sin fin y sin medida.

Más, cuando el "fuerte Céfiro" que llega resonando por el "vinoso Ponto" (1) hace cambiar la escena, de la misma manera que un grupo de labradores transforman con sus herramientas un campo cubierto de flores silvestres, en una extensión de surcos de tierra negra, así, el poeta nos transforma aquellas "purpúreas olas" (2), en "negras y encrespadas" (3), y nos presenta un mar "sombrio" (4), "obs-

curo" (5) Ad. canto II, pág. 34. y "violáceo" (6). Ad. canto V, pág. 78.

"Para designar el color del mar, el poeta tiene varias expresiones, cada una de ellas estereotipada para determinada circunstancia. Habitualmente el mar es a sus ojos brillante o azul. La diosa marina Tetis llamada por Iris a la presencia de Júpiter, envuélvese en un manto azul, la vestidura más oscura que existe (II.XXIV.93-4). A la puesta del sol el mar es violeta; al último resplandor del día es del color del vino, esto es, negro con reflejos rojizos, gris cuando el tiempo está turbio, negro con la tempestad, nebuloso en el invierno" (7).

Si analizamos un poco más el pensamiento de este griego curioso, inquieto, que lo mismo nos pinta lo humano como lo divino, lo grande como lo pequeño, veremos es todo acción, todo movimiento, por eso lo atrae el mar y se complace con sus imágenes, porque como él, su espíritu es profundo y en constante vaivén. Su visión va de la mano con la experiencia que de la vida tiene, y su conocimiento del alma humana lo capacita para conmovernos a través de los tiempos.

Dos ejemplos nos pondrán de manifiesto la manera tan sutil como nos presenta los sentimientos de los héroes a través del marco inagotable de su mar.

En el número 148, del Canto V, encontramos a Ulises, retenido por Calipso, "sentado entre las rocas consumiéndose entre suspiros y lágrimas con la vista perdida en el estéril mar" (1).

Este cuadro, de un hombre

(5) Od. C. II. Pág. 34.

(6) Od. C. V. Pág. 78.

(7) La Poesía Homérica. Por George Finler. Traduc. Carlos Riva. Colección - Labor. Pág. 57 y 59.

(1) Od. Canto. V. Pág. 81.

desconsolado ante su suerte, tiene a nuestro parecer, resumida toda su fuerza en las últimas palabras: "con la vista perdida en el estéril mar", y dentro de ese párrafo en la calificación de "estéril" que se hace del mar. Si suprimiéramos ese calificativo nada perdería la frase entera desde el punto de vista pictórico, pero sí, habríamos perdido el verdadero toque pasional que introdujo el poeta. Esa calificación del mar, encierra en sí, un sentimiento de cólera y de impotencia reprimidos. El mar en ese momento es "esteril", no porque deje de producir de sí, sino porque ante la falta de recursos para afrontarlo, y el deseo de los Dioses, estériles con las quejas y lamentos del héroe que ve pasar los días sin un nuevo horizonte, sin una sola esperanza, mientras se consumen inútilmente sus fuerzas.

El otro ejemplo lo tenemos en el Canto XII, N° 277. Euríloco, presa de la desesperación al oír que Ulises les ruega pasar lejos de la isla del Sol, dice en una parte de su discurso: "Muy por el contrario, nos mandas alejarnos de ella para, ¡vuelta a remar toda la noche a través del inacabable Ponto!" (1). Una vez más, el mar sirve al poeta para mostrarnos la tragedia interna de sus personajes. Ese "inacabable Ponto" que brota de los labios de Euríloco, más que un calificativo del mar, es un grito de angustia, de temor, de ansiedad. Porque ¿quién hay que tras tantos sufrimientos y penalidades no quiera llegar pronto al término de las mismas? ¿Quién que no sienta la sensación de "inacabable", cuando alentado por la esperanza de llegar pronto a su meta, se encuentra de pronto con que hay un nuevo y dificultoso camino que empezar? Ese "inacabable Ponto", es el grito de una alma angustiada que a través de los siglos llega hasta nosotros, recordándonos que el hombre es ante todo un ser humano ligado con los indestructibles eslabones de la cadena fisiológica a todos los in-

(1) Od. C. XII. Pág. 185.



(1) Atenas una Democracia. Desde su nacimiento hasta su muerte. Robert Cohen. Traduc. de Andrés Noboa C. Editorial Letras. Chile. Pág. 10.

(2) Odisea. Canto IV. Ediciones Anaconda. Buenos Aires - 1943, Pág. 65.

(1) C. IV. Pág. 68.

(2) Od. C. III. Pág. 41.

(3) Od. C. II. Pág. 34.

(4) Od. C. V. Pág. 79.

(5) Od. C. III. Pág. 41.

(6) Od. C. IV. Pág. 66.

(7) Od. C. VII. Pág. 107.

(8) Od. C. III. Pág. 44.

(9) Od. C. IV. Pág. 75.

(1) Od. C. II. Pág. 38.

(2) Od. C. II. Pág. 38.

(3) Od. C. IV. Pág. 63.

(4) Od. C. III. Pág. 42.

dividuos de la especie entera. Cualquiera que sea su nacimiento, la tradición de la raza, la influencia de la familia, el carácter de la nación, el sello de la civilización, está indudablemente ligado por la naturaleza a todo hombre, porque todo hombre es la misma viviente expresión que él es, de las mismas necesidades biológicas y sociológicas.

Llama, por último, nuestra atención, que esa luminosidad y constante movimiento de la escena y de los actores, reflejos también del mar, parecen aquietarse sólo con el silencio de la noche. La luminosidad de la obra que deslumbra, el ruido de las armas y el golpear de los remos en enardecen el espíritu, se apagan cuando "las tinieblas empiezan a ocupar los caminos" (1) y en el "anchuroso cielo" (2) las lejanas estrellas anuncian la llegada de la "divina noche" (3). Es entonces cuando la "dulce vida" (4), dulce como el "oloroso vino" (5) que se escancia en las brillantes cráteras, puede saborearse en su plenitud, rodeado de los amigos y la familia, escuchando el canto del aedo que reconforta el espíritu.

Esta tranquilidad, esta paz que se apodera del espíritu mismo del poeta es tal, que su lenguaje se vuelve más dulce y melancólico, y sus imágenes más profundas y filosóficas. Así, al calor de la batalla y del diario trajinar, la muerte para el héroe es "cruel" y "negra", como "cruel" y "negros" son el destino y la Parca, (6) pero bajo el manto de la noche, cuando sólo la luz de las antorchas hiere su retina, entonces nos habla de "un sueño profundo, suave, dulcísimo, imagen viva de la muerte" (7). Es el hombre el que aquí nos habla, el hombre que ha visto ya muchas veces llegar la primavera con su bullicio y su luz, y que se ha inclinado sobre la tierra, "una buena hoz en la mano y un buen campo de hierba delante, en uno de esos largos días de verano y en ayunas, por añadidura", (8) el hom-

bre que, después de haber vivido intensamente la vida de sus héroes que es la vida de su espíritu sólo aspira a encontrar "la eterna y segura mansión de las deidades

que jamás es agitada por los vientos, mojada por la lluvia, ni cubierta por la nieve; donde el tiempo es constantemente sereno y sin nubes, donde la claridad es

esplendorosa y donde, en fin, los bienaventurados dioses disfrutan de perdurable dicha" (1).

(1) Od. C. VI. Pág. 92.

Ideas propias y ajenas

La Propiedad Idiomática

Por Pedro Díaz del Parral

BRECHA es una revista literaria cuya buena acogida —esto ya es mucho en nuestro medio— justifica el esfuerzo, la casi quijotesca aventura de sus editores. Para todos los quijotes ha sido siempre mi simpatía, y mi repudio para todos los que se burlan del ideal. Compadezco unas veces y otras maldigo a los escépticos, desesperanzados y, sobre todo, a los cofrades o simples monaguillos del pragmatismo, salvados sus aciertos.

Siendo esta revista rendija de luz y brecha de esperanza, no solamente le basta el aplauso y cordial acogida; merece también colaboración, por modesta que fuere: ideas, consejos, iniciativas, obra literaria, todo con óptimas intenciones. A esto voy, modestamente, con las presentes líneas.

Hoy quiero referirme a la propiedad idiomática, un asunto quizás ya muy tratado, pero no de caduco interés. Con lo anterior se comprende que no voy a decir cosas nuevas, de mi propia cosecha, y así he de tener el gusto de rendirle culto, una vez más, a la honestidad. Acaso algún criterio propio solamente, considerado como tal por mí, aunque sin mucha seguridad. ¿Tenemos los hombres, justamente, ideas propias? ¿Existe acaso la verdadera originalidad en el pensar y en expresar lo que pensamos? Quédese el asunto para un próximo artículo. Por el momento básteme declarar que siempre he dudado acerca de mi originalidad absoluta. Más aún: como profesor y escritor —y perdón por la inmodestia de llamarme así— he repetido lo que otros han pensado y dicho.

Por eso quiero tener la prudencia de no registrar la propiedad o paternidad de la criatura. Me libre Dios de merecer la crítica de Hatzfeld:

"...cada comentarista, cuando adopta gestos de dómene y sustituye el tono ponderado por el pedante, pone en peligro su elevada misión".

Y su reputación también, y la confianza que pudiera haber tenido de su autoridad —agrego yo—.

Ahora vamos al tema: la propiedad lingüística. Siempre ha sido un precepto hablar o escribir con propiedad; un precepto para oradores, poetas, literatos. Muy bien: ¿pero qué es la propiedad o impropiedad expresiva, la literaria propiamente dicha? Esto merece más reflexión de la que por lo regular se supone. Varios estudios hay al respecto, entre los cuales podrían citarse, por interesantes, el de Noreen y el de Jespersen; también el de don Vicente García de Diego, en el que me baso por serio y cuidadoso, como todos los estudios lingüístico-filológicos de este autor, quien, naturalmente, sabe muy bien lo dicho por Noreen y Jespersen.

Creo haberme referido en otra ocasión al mismo tema; pero voy a insistir en él porque, mientras leía las páginas de BRECHA, encontré algunas impropiedades idiomáticas, tales como: "Los bajaron ahora *recién* para reconstruir el templo", "*Debe haber* sido libro de larga duración", el término *papelotes*, etc. El *recién*, apócope de reciente, sólo debe usarse delante de participios pasivos: *recién venido*, *recien muer-*

to, recién hecho, recién comprado; pero con formas verbales personales no, como *recién vino, recién lo trajeron, los bajaron ahora recién*, etc., en donde se impone el adverbio *recientemente*. Luego, *debe haber sido* y *debe de haber sido* no son expresiones equivalentes: la primera significa una obligación y la segunda probabilidad o duda. Cuando se dice "*debo llegar a las cuatro*" se declara con esto que tengo la obligación de llegar a tal hora; pero cuando se dice "*debo de llegar...*" se expresa que probablemente o tal vez llegue. Por último *papelote* significa, despectivamente, un papel o escrito despreciable, mientras que *papalote* es un término americano sinónimo de *la cometa* con que se divierten lo muchachos por estos meses ventosos de noviembre y diciembre. La misma etimología de *papalote* no tiene que ver nada con *papel*, porque viene del azteca *papalotl*, que significa "mariposa".

Ningún escritor emplea formas idiomáticas impropias conscientemente, salvo aquel que deseara revelarse como un rebelde que no está de acuerdo con los cánones en vigencia. Para mí son respetables algunas rebeldías: las de quienes conocen a fondo el idioma y son creadores eminentes como literatos; pero quienes sin más criterio que "así porque sí" no llegan a ser ni pedantes, puesto que para serlo se necesita disfrazar la necedad con alguna razón, por equivocada que fuere.

Con García de Diego llamo propio, idiomáticamente, cuanto sea correcto en la forma y en el contenido. Pero aún con esta definición quedaría oscuro el

(1) Od. C. III. Pág. 52

(2) Od. C. VII. Pág. 106

(3) Od. C. IV. Pág. 64

(4) Od. C. XII. Pág. 189

(5) Od. C. I. Pág. 17

(6) Od. C. II - III - XVII - Págs. 230-41-45-264.

(7) Od. C. XIII. Pág. 193

concepto, porque da pie a la pregunta: ¿y qué se considera correcto o incorrecto en una lengua?

Son muchos los criterios acerca de la propiedad idiomática. El que se basara en la etimología podría ser uno, ¿pero hemos de preferir, según este criterio, la palabra *mirabilla*, como por etimología debiera ser esta voz (del lat. *mirabilia*, a *maravilla*; o *mesmo*, voz más cercana a la original que *mismo*? Creo que no. Este criterio etimológico sería quizás el más desacertado, porque muchísimas palabras etimológicamente "incorrectas" en la forma, en el sentido o en ambos aspectos a la vez hoy nadie se atrevería a objetar. Por ejemplo *hibierno* (del lat. *hibernum*) sería, de acuerdo con este punto de vista, más propia que *invierno*; sin embargo, preferimos ésta última, no obstante que el Diccionario registra la primera también; y la preferimos por considerarla más culta. Solemos reírnos, tontamente, cuando un campesino dice *hibierno* porque aquí prevalece principalmente otro criterio: el aristocrático, pues no queremos hablar como rústicos. ¿Ha de prevalecer este otro criterio? No del todo se podría justificar esta idea.

Hay otros que defienden un criterio opuesto: el democrático. El pueblo es la mayoría y ésta manda; y como el pueblo ofrece más innovaciones idiomáticas, hay que aceptarlas. Aquí no prevalece el prestigio, sino el desiderátum inconsciente del mayor número, ese tácito sufragio universal que en este caso es un resultado ciego. La ley de Horacio, "*Usus quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi*" (el uso, que es el árbitro, el derecho y la norma de hablar), podría tener valor si se considerase el uso como fenómeno de todas las clases sociales; pero aún así, lo cierto es que unas veces ha salido perdiendo la norma del uso. Además, en tanto que se ha impuesto el criterio aristocrático, por otra parte ha vencido el popular. Los ejemplos abundan.

Otras veces una región preponderante política o aristocráticamente se toma como modelo del buen decir. El castellano de Toledo, que fue un dialecto, se impuso como lengua oficial, y su hegemonía fue decisiva. Otra vez lo cortesano, es decir, lo aris-

tocrático es nivelador del idioma español.

La autoridad literaria es otro criterio que priva, y con mucha razón; ha sido norma de valor indiscutible, sobre todo en los albores del Renacimiento. En España el doctor don Francisco López de Villalobos escribe una obra de medicina, pero trata de escribirla con propiedad idiomática. Reconoce que los toledanos tienen razón de pensar que su lengua sea el modelo de Castilla, "por la gran nobleza de caballeros y damas que allí viven", pero a él le parece que la mejor de las normas no es el prestigio localista, sino que "la habla del arte es la mejor de todas". Amado Alonso, que nos cuenta esto, le da la razón a López de Villalobos y de aquí parte un ensayo suyo, muy hermoso, en el que se decide por el criterio que impone como norma la lengua de los literatos. Dice: "El poeta es el creador de la lengua. La inmovilidad del idioma, el limitarse al recto y correcto manejo de su arsenal conclusivo, eso queda para las lenguas muertas, como el latín, donde los que ahora escriben tienen que hacerlo conforme escribieron los latinos. Esta lengua literaria, siempre en formación y renovación, hechura de todos los escritores de gusto, no mana de un lugar determinado, ni de la Corte, ni de Castilla como región, sino de donde quiera aliente y escriba un poeta de poder expresivo... Hay una aristocracia idiomática formada por los mejores poetas de toda la comunidad lingüística, que hereda la lengua de los mejores poetas pasados y la transmite a los mejores que suceden. Estos poetas viven geográficamente dispersos, en Castilla, en Andalucía, en Aragón, en México, en el Perú, en el Río de la Plata; y, sin embargo, forman la más estrecha comunidad... El ideal artístico de la lengua actúa como un atadero convergente para todas las tendencias regionales de dispersión". Pero a esto hay que agregar lo que dice García de Diego: "El modelo de los buenos literatos es una norma inestimable, de valor indiscutible; pero como norma genérica difusa, no tiene seguro valor probativo para algunos casos discutibles. No es posible además decidir en concreto el valor de la autoridad de tal literato en relación con otros, cuando la valoración lin-

güística es un tema tan discutible y tan subordinado a los gustos de los tiempos y hasta de las personas. Los mismos clásicos indiscutibles no pueden tomarse como modelos seguros de la propiedad más que para su tiempo".

Y un último criterio es el que la autoridad lingüística imponga la propiedad; buen criterio, siempre que mantenga un buen criterio esa autoridad. El mismo don Vicente nos dice que "en el lenguaje no tiene la razón el que la tiene, sino el que logra imponerla... El gran problema de la autoridad tiene valor para las voces en litigio. Sentenciado el pleito, no hay que hacer más que dejar en su tranquila posesión a los ganadores, sin remover la contienda. La Academia procura intervenir con sus razones y con su autoridad en el período de la disputa, pero soslaya todas las inquietudes de la vida pasada de las voces". Y hace bien, porque lo normal ha sido la impropiedad de las lenguas; por esta razón los filólogos —o los lingüistas, para hablar con más propiedad y no desentonar— son indulgentes y hasta indiferentes a la corrección idiomática. Pero esta posición de algunos lingüistas es peligrosa. ¿Conviene dejar al arbitrio de los ineptos el destino de la lengua?

Como se ve, son muchos los criterios. Cada uno ha tenido sus conquistas en la contienda: muchas veces el uso popular se ha impuesto, bastantes el prestigio aristocrático, muchas la literatura, etc. Pero en última instancia algo o alguien resuelve, y en el caso de la lengua castellana ese alguien es la Academia. Bueno que así sea porque, como

dice Jespersen: "si el técnico del lenguaje se desentiende, ¿quién lo va a decidir"? A esto hay que agregar lo que dice García de Diego: "Las academias, gramáticos y lingüistas no pueden desinteresarse de intervenir en todas las competencias de propiedad. Tal vez su intervención es menor de la necesaria; tal vez su intervención va retrasada para lo que exigiría la movilidad de las palabras. Las voces admitidas en el uso común y en los diccionarios las discuten sólo los técnicos. Ya, fuera de los filólogos, nadie discute si es propio *monje*, *pastel*, que nacieron en patrias distintas, o *sinistra*, *quiso*, *amase*, que nacieron deformados. Cuando una voz, con razón o sin ella, se impone, la Academia levanta el veto y la acepta... Este criterio de autoridad habría que defenderlo como se defiende en la vida social la necesidad de las leyes. Las autoridades del idioma frenan la disgregación a que pretende toda lengua. Un imperio lingüístico no se mantiene más que velando celosamente por su unidad".

Si esto, para mí como para la mayoría, es lo que conviene en lo referente a la propiedad de las voces, también lo es en tratándose de la morfología y la sintaxis. No decir *papelote* por *papalote*, porque se incurre en impropiedad de forma y de sentido; ni *debe haber* por *debe de haber*, cuando se quiera indicar probabilidad; ni *recién los bajaron*, en vez de *recientemente*. El criterio de la autoridad es el respetable, siempre que se base en otros criterios para decidir, como lo hace la Academia Española y lo seguirá haciendo la Asociación de Academias de la Lengua.

Cualquier trabajo gráfico
de litografía e imprenta:

BAKIT

FRENTE A URIBE Y PAGES

Conceptos entresacados del libro

"VIDAS COSTARRICENSES"

DON JOSE MARIA DE PERALTA

Por Hernán G. Peralta

No encontramos, pues, juiciosas las críticas que se formulan a la actitud de Costa Rica en 1821, pues no vemos cuál pudo haber sido su conducta dadas las circunstancias que la circundaban. Era natural que ignorara la magnitud del episodio, y natural que no sintiera las urgencias de la independencia si ya contaba con una autonomía con que esas mismas circunstancias la habían favorecido.

La independencia, como acto creador de historia, como propósito de voluntad, no tuvo en Costa Rica ninguna presencia, y sólo puede anotarse en un registro de hechos que motivaron un movimiento posterior que, a pesar de su importancia, sólo tiene con dicho antecedente una conexión más aparente que real, porque las razones que le dieron vida existían dentro de la colonia antes y después de la autonomía, y estaban despuntando en el país desde mucho antes de la Independencia.

Una cosa fue la autonomía y otra la independencia, como una cosa fue la independencia y otra la organización de las instituciones. La autonomía fue anterior a la independencia, y la organización de las instituciones posterior a la independencia. La autonomía explica la posición de Costa Rica en el advenimiento de la independencia; pero la independencia no explica la organización de las instituciones sino a medias, como episodio circunstancial, porque ya el movimiento institucional había comenzado a demostrarse, y era en parte fruto de la constitución de Cádiz y del empeño de los españoles por dictar una legislación que cubriera a los hijos de la Península y de

América con una nacionalidad común.

Si no se cotiza la autonomía de Costa Rica en el análisis de 1821, no puede entenderse la comentada indiferencia de la colonia y su ninguna reacción ante el fenómeno político; y si se olvida la organización de las instituciones a partir del 29 de octubre de ese año, carece de sentido la independencia y se oscurece la autonomía anterior como generadora de la corriente jurídica que fue la única que actuó con un resultado que dió a Costa Rica una definida fisonomía en la independencia americana.

La gradación de los hechos fue la siguiente: 1º la autonomía; 2º el movimiento institucional; 3º la independencia; 4º la organización de las instituciones. Pero la relación de causa pasa de la autonomía y del movimiento institucional a la organización de las instituciones, quedando la independencia en medio apenas con un ligero matiz de consecuencia, y de ahí que compartamos la opinión de quienes aseguran que la independencia fue tan descolorida entre nosotros, que casi podríamos suponer que el último gobernador de la colonia arriesgó a ser el presidente de la Primera Junta Superior Gubernativa después de la emisión del Pacto de Concordia, o el primer Jefe del Estado a partir de la Constitución federal de Guatemala.

La indiferencia que existe entre quienes plantean esa suposición y nosotros que la compartimos, es que los primeros la insinúan con tono despectivo para restar importancia al movimiento en Costa Rica, y nosotros la aceptamos como una consecuen-

cia lógica de la autonomía que se había impuesto en Costa Rica por la fuerza de las cosas. Este es un dato original de nuestra historia, como algunos más, y nada nos autoriza a ponderar lo deslucido de la independencia en cuanto al hecho, que tuvo un origen del que no podían responder los hombres de 1821, y a olvidar el acierto que presidió a la creación de las instituciones tan pronto como se firmó la independencia y que fue lo fundamental en el suceso que venimos comentando.

La autonomía de Costa Rica a que aludió el señor Fernández Guardia en la referencia anotada anteriormente y en otras más concretas, o "la casi absoluta independencia" de esta provincia, para usar las palabras de las propias autoridades españolas en junio de 1821, que comenta el mencionado historiador, ha pasado inadvertida para los escritores costarricenses que han tratado el punto, y vale la pena reflexionar sobre ella porque puede darnos la clave, o cuando menos alguna explicación, de la tibieza de los colonos españoles ante la noticia de la libertad política proclamada en Guatemala.

No consideramos la autonomía como el único factor determinante de aquella situación, pero tal vez sí como el primordial. Hemos aceptado también el correspondiente a la falta de capacidad de los colonos para darse cuenta de la trascendencia del suceso, pero cuando pensamos en el juicio que demostraron para organizarse, nos falta la duda de si estaremos equivocándonos en esta apreciación.

Y aquí es precisamente en donde está lo sustantivo del acto

creador de historia; aquí lo que justifica la independencia como episodio; lo que explica la razón de que deba recordarse el hecho y de conmemorarse las fechas del 15 de setiembre y del 29 de octubre de 1821; lo que obliga a Costa Rica con un pasado que es su realidad presente, y con una realidad presente que no es más que la prolongación de un esfuerzo sostenido al través de ciento treinta y cinco años de mutua comprensión o de instintiva solidaridad.

Pero es que no fue la independencia la causa, sino la ocasión, de que la vocación vicil de los costarricenses se manifestase por primera vez. La causa fue la institucionalidad nacida en el país contemporáneamente con la emisión de la constitución de Cádiz, y aun antes. Adviértase que estamos hablando de un movimiento sencillamente institucional, no constitucional, porque esto último apareció como un desarrollo del concepto cuando las necesidades de la vida pública lo justificaron.

Lo institucional, no lo constitucional, acompañó a los últimos gobernadores españoles de la colonia como derivación de la legislación peninsular, consuetudinaria o positiva, que venía pugnando por arraigar en el país en medio de los defectos encontrados en su aplicación. No se trata de estudiar casos prácticos, sino de percatarse del espíritu que alentaba ya a la administración y del ajeteo de celadores o jueces pedáneos, alcaldes, regidores, alguaciles, ayuntamientos, contribuciones, escuelas, hospitales, caminos, bosques, diputaciones provinciales, jefes políticos, intendentes, procuradores, síndicos, juntas populares, electores de parroquia, electores de partido, cabildos y demás, que anunciaban un movimiento de or-



denanzas o estatutos de villas y lugares que terminó en un orden político que nada tuvo que ver con la independencia porque fue anterior a ella, pero que sí fue deudor de la oportunidad de manifestarse y sobre todo de obrar con razón de ser.

Esta institucionalidad municipal fue muy importante en Costa Rica: es cierto que interesó a la conciencia pública, pero es por que la mentalidad de la colonia pareció lista a asimilarlo porque de lo contrario no hubiera existido esa conciencia pública. Adecuada la población al movimiento dígame lo que se quiera, los

colonos demostraron alguna emoción política y parecieron encarrilarse hacia direcciones de carácter legal, como lo demostraron en la independencia al preferir las soluciones de derecho y preferir las correspondientes a la dictadura y al gobierno personal.

Esta modalidad es la que da el tono a la Independencia, no porque la Independencia la creara, sino porque la motivó, pero en todo caso es un dato histórico de gran valor que no debe olvidarse por recordar únicamente los procedimientos, las excepciones dilatorias, o el trasiego que fue producto de circunstancias ocasionales.

El movimiento institucional fue en Costa Rica el típico movimiento de la independencia, y la independencia vivió y se encaminó por este antecedente que encontró en la separación de Centro América y España la gran oportunidad para brotar como un botón escamoso que había de abrirse en las instituciones civiles que dieron a Costa Rica la personalidad histórica que entonces encontró y que conserva todavía.

Estamos ya en el centro del problema, en el eje de la cuestión. Si la independencia fue tan sólo el ir y venir de los colonos, las carreras de que hablan los

cronistas y que se encuentran bien halladas en el arsenal de la psicología costarricense de suyo negativa, no vale la pena registrarla como dato histórico porque realmente la independencia de Costa Rica como colaboración de armas tomar en la enmacipación de América, no tiene sitio. Pero sí admitimos ese hecho como complementario del movimiento institucional, o como determinante del mismo por razones diferentes, cambia la situación ya que Costa Rica fue uno de los pocos países americanos que lograron articular sus instituciones y darle a su vida pública un sentido de cultura.



La lluvia cae incesantemente: son ocho meses de agua. Ocho largos meses de desesperación, de humedad, de verdes monótonos, de campos olorosos a tierra mojada y de rostros que no reflejan otra cosa que el más absoluto aburrimiento. El trópico puede ser o no, un paisaje grandioso; de lo que no cabe duda es que el trópico es un paisaje húmedo y de múltiples verdes de una gama casi opacas. Algunas mañanas—paréntesis del invierno—el paisaje es luminoso, pero de luminoso ciega, y las tardes, principalmente junto al mar, o en las lejanas montañas del valle de San José, son violetas entre celajes. Y un país como éste tiene que dar tristeza; pocos humoristas, muchos malos poetas, algunos novelistas y muy pocos pintores; uno de esos pocos es Max Jiménez.

A Max Jiménez no se le conoce

Max Jiménez, pintor

Por Arturo Echeverría Loría

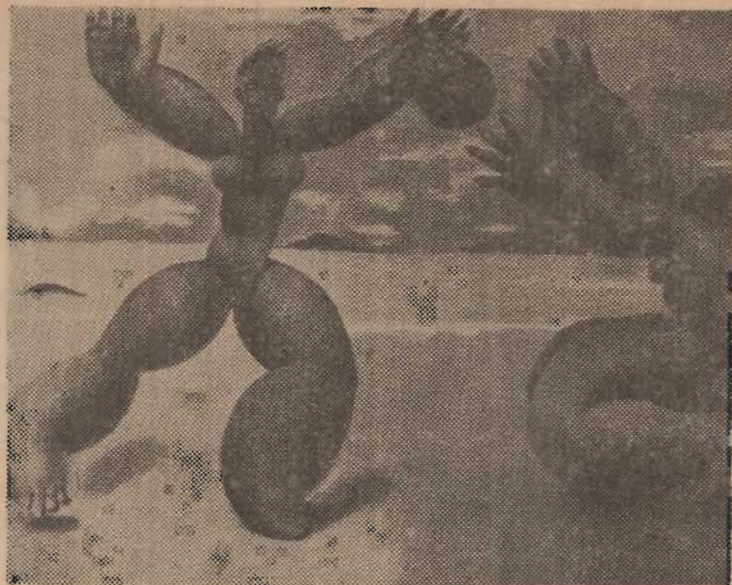
en este su terruño; pero se le critica; mucho se le ataca desconociéndolo. Claro está que su valentía intelectual, su fuerza poética y narrativa en su original prosa, y su desconcertante pintura que asombra por la magia de colores y por la fuerza humana de sus inhumanas figuras, tiene que desconcertar a sus contemporáneos, llenarlos de asombro. Su extraña personalidad también buscó expresión en la escultura y ésta como consecuencia de su dibujo y de su pintura, nació con furia y fuerza. Los desnudos en

granito, dionita, y otras piedras nobles o en la madera que oculta delicadezas femeninas en su cuerpo se expresó Max Jiménez violentamente, desbordado como un río, sin diques que detuvieran sus conceptos nuevos y extraños en nuestro medio, tan acostumbrado a la medida de la balanza, ya sea en la justicia como en la tienda de abarrotes. Esta actitud de Max Jiménez sorprendió, ofendió y confundió el medio. Hoy, a varios años de la muerte de este magnífico artista, y teniendo el Museo Nacional una

sala para exhibir su obra en pintura y escultura, aún es en su concepción artística un problema que desconcierta, que enardece los ánimos y confunde. Su obra es y será siempre eso: un despertar de emociones violentas.

Para conocer al Poeta hay que palpar el proceso poético del verso: estar dentro de su mundo, forjarse la ilusión de que el hombre es el poema de que su belleza o su fealdad es la propia nuestra. Para conocer la angustia en la pintura, su proceso plástico, su cambio del papel a la tela, al fino pincel, a los colores, hay que ir más allá, mucho más allá del cuadro acabado, y ver el dibujo. El dibujo, que es como la sangre de la pintura, su esqueleto, su pecado íntimo; y cuando se ve el dibujo y se comprende, se abre un gran horizonte de conocimientos frente al óleo, frente al cuadro acabado, y no importa dónde ni cuándo ha sido ejecutado. El cuadro es el dibujo desarrollado, el cuadro es el pintor, su mundo de lucha, su angustia y su propia muerte. Max Jiménez ha pintado en Costa Rica, su país; ha pintado entre los rascacielos de Nueva York; ha pintado bajo el calor y el sol de Cuba y en el apacible estudio de París; y siempre, en todos esos climas y esas diversas lati-





que no es pintor clasista. Max Jiménez es un pintor del pueblo. Como es un escritor del pueblo con su libro *El Jaul*. Y es el pueblo quien comprenderá a Max Jiménez. No concibo que "un señor" compre o busque un cuadro de Max para su moderna residencia. No es posible que eso suceda. Tal vez me equivoque pero no creo que el "milagro" se produzca. Y sí creo que, al contacto con la pintura de Max, el pueblo, hombre del campo, sienta el

asombro y la magia que de ella se desprende; y si no la comprende, por lo menos la respete.

Hay que ver, y ver muchas veces, los cuadros de Max Jiménez; hay que ver; y ver muchas veces, la fuerza primitiva que de ellos sale; hay que sentir la maldición de la humedad del trópico, su angustiosa tristeza, su soledad, su exuberancia de forma, para respetar y admirar la pintura de Max Jiménez, *el Pintor*.

tudes, Max Jiménez es el pintor que deforma sus cuadros dentro de una fealdad que es belleza, dentro de una angustia que es lluvia, que es tristeza, que es prisión del trópico, que es el negro en Cuba sin hacer folklore, que es lo lejanamente indio de nuestra tierra; que es la tierra misma sin sentido, sin razón, sin porvenir, desolada, tierra de horizontes: tristeza que también se da dentro de todos los climas, porque como dice la sabiduría... "el mal tiempo y el buen tiempo no están afuera, sino adentro": y eso es lo que expresa Max Jiménez en su pintura, rica en colores, rica en técnica, rica en sugerencias. Casi no hay paisaje en la pintura de Max Jiménez, porque la razón del paisaje no está en la mente de Max Jiménez que pinta, no de afuera para adentro, sino de adentro para afuera; y eso lo da la figura, la figura que al más leve movimiento cambia y sugiere otras cosas, otras angustias. El paisaje escueto está en el fondo, de una negra en celeste, de un vendedor de naranjas, de un desnudo, de una playa con un mar tranquilo y en la playa dos macizas figuras que se hacen

aire a pesar de su fuerza, persiguiendo una esfera que casi es el mundo...

Claro está que ese mundo que persiguen es aire o mar o sombras, o cualquier otra cosa que vemos, y que tocamos con los ojos; y a pesar de eso, es otro mundo, el mundo de Max Jiménez, el que Max nos da, el que de Max recibimos al ver y comprender su pintura que es su pintura por derecho de estudio, por derecho de sensibilidad, por derecho propio exclusivo de expresar su gran mundo imaginativo, su gran personalidad. No podemos pedir que se respete el arte. Es mucho pedir, pero si podemos y debemos pedir que se respete la soledad y la creación artística que de la soledad nace. Y Costa Rica todavía no sabe lo que a Max Jiménez le debe, con esas cosas que él hizo en su mundo imaginativo. Ya llegará el día de saberlo.

El artista nunca trabaja para el presente. Es el forjador de un mundo, el intérprete de sus humanas características, el visionario, el místico o el revolucionario. No es una clase la que puede comprender a Max Jiménez, por-



Calidad Superior...

desde hace muchos años le brinda a usted

IMPERIAL

LA MEJOR CERVEZA QUE SE FABRICA EN COSTA RICA

Espumas en la Playa

Las palabras son los juegos de
artificio que encienden la poe-
sía.

— o —

Para que un poema sea vivo
en emoción, hay que olvidarse
hasta de que haya pasado por
la cabeza.

La pintura un arte inquié-
tante, en que detrás de cada
capa de color se asoma el diablo.

— o —

Las chispas del infierno son las
que dan la luz y la sombra a la
poesía.

— o —

Aun en la poesía mística se
siente lo demoníaco sublime.

— o —

Llegar a Dios es llegar a uno
mismo, inquietarse en la sangre
y la tierra de nuestro cuerpo.

— o —

La poesía es un río en el que
el hombre busca ahogarse para
renacer sin el pecado original.

— o —

Quando uno quiere asirse a la
sombra del diablo por la poesía,
lo que sucede casi siempre es
que sólo se quema las manos y
no el alma.

— o —

Quando se quema el alma, en-
tonces se llega a la poesía y el
Diablo se queda atrás.

— o —

El dibujo es la sangre de la
pintura, su íntimo esqueleto.

— o —

La batalla con la poesía se ga-
na en soledad y angustia, pero
se pierde irremisiblemente si no
se llega al pueblo.

— o —

Olvidar al hombre, al creador
en la obra de arte, es como ne-
gar que el marco del mar es la
playa.

— o —

Una palabra puede contener

tanta emoción como todo un
poema.

— o —

El árbol de la poesía crece
sobre la pasión.

— o —

En el movimiento está la con-
creción de lo bello.

— o —

Pintura, ballet, música, poe-
sía, son artes de movimiento.

— o —

La poesía no solamente debe
buscar agradar, sino, herir el
alma.

— o —

Quando es herida a flor de
piel, ella se pierde sin dejar
huella.

— o —

La obra de arte puede ser
la negación de la verdad.

— o —

La verdad no es todo en la
obra de arte.

— o —

La voz propia en poesía sólo
se alcanza con el silencio de las
lágrimas.

— o —

Y no es el llorar con los ojos,
sino con lo de adentro como se
llega a la plena angustia crea-
dora.

— o —

En la escultura se encuentra
la dimensión de lo profundo.

— o —

La poesía lleva el espíritu a
las palabras, la escultura, a la
roca, a la piedra que pasa del
silencio inmóvil, al movimiento,
a la forma definida y sugerente.

VINOS LEGITIMOS DE FRUTAS

VINO DE MORA

VINO DE NARANJA

VINO DE MARAÑÓN

Excelente calidad
a precio moderado

Fábrica Nacional de Licores

San Caralampio, de Cerezo te conocí

Por C. E. C.

Allá en un pueblo, cuyo nombre se perdió en mi memoria, dijo un cura, desde el púlpito, a sus feligreses: "Amados hermanos míos: Con pena y dolor debo manifestaros que nuestro venerado patrono, San Caralampio, se nos va... pues la polilla y el comején lo están consumiendo con tal voracidad, que dentro de pocos meses en polvo lo convertirán".

La desagradable noticia corrió entre los vecinos que, muy alarmados, resolvieron en una reunión encargarle a un buen escultor la talla, en madera de cerezo, del santo de su devoción.

Ñor Melchor, rico gamonal del pueblo, se extasiaba mirando un frondoso árbol de cerezo que tenía en el solar de su casa, herencia de sus padres.

Una comisión de vecinos le visitó una mañana, y después de ablandarlo con cantilenas tales como que siendo una persona

puidente, un buen católico, muy caritativo y poseedor de otras cualidades y virtudes más, el pueblo esperaba a que se decidiese a ceder el palo de cerezo para convertirlo en un santo.

Agobiado por tantos cumplidos, ñor Melchor accedió de mala gana, y aceptó con tibieza la honrosa distinción de ser el primer padrino de la imagen en la ceremonia de su bendición.

Por fin llegó el día anhelado. El repicar de las campanas, el ruido ensordecedor de bombas y cohetes; las bombetas de doble trueno y una charanga de un pueblo vecino que tocaba alegres pasodobles, anunciaban la bendición de San Caralampio.

Las mozas del lugar lucieron sus peinados de carrera en medio; recogidas sus trenzas con peinetas de Carey y cintas de colores, y exhibieron sus mejores alhajas con imitaciones de piedras preciosas. Calzadas unas y

con los pies desnudos otras, tan limpios que no deslucían sus composturas. Vestían de camisas de gola de finos encajes y adornos de lentejuelas que formaban figuras caprichosas de corazones y estrellas, u ostentaban los nombres de quienes las llevaban; sus enaguas de percal y fustanes almidonados, olorosos a limpio y sus rebozos de bolitas o con ataduras y barbas de pura seda. Los mozos llevaban sombreros de pita o de vicuña, camisas de pliegues, pantalones de lanilla y chaquetas de pintonas jergas.

Así ataviados se dirigieron todos, jóvenes y viejos, a la iglesia, a visitar, a llevarle flores y a presentarle sus respetos a San Caralampio, que remozado y oloroso a cerezo, lucía ahora mejor que antes, con su vistosa capa de franjas y adornos de oro.

Solamente ñor Melchor no llevaba su traje de dominguear; despechugado y con el cabello

alborotado estaba al pie del santo; mustio y cabizbajo, con la vista fija en el suelo y los brazos cruzados; pensaba en algo..., en algo serio pensaba ñor Melchor..., tal vez en su árbol de cerezo que le dió sombra y frutos a tres generaciones y que dejó un vacío en el solar de sus mayores.

El señor Cura hizo elogios de la vida y milagros de San Caralampio. Bajó del púlpito y se dirigió hacia donde estaba la nueva imagen. Rezó una oración, y luego con el hisopo la roció con agua bendita, y levantando la diestra hizo tres veces la señal de la cruz e impartió la bendición de mano abierta al santo y a los feligreses.

Era el momento oportuno que aprovechó el padrino para ponerse frente de San Caralampio, y encarándosele le dijo: "¡San Caralampio! de cerezo te conocí; de tus frutos comí, y los milagros que hagas, me los cuelgo de aquí..."

De allí salió ñor Melchor a empellones, por irreverente, siendo conducido a la fuerza a la Comisaría. El severo Comisario se caló las gafas, se acomodó en un banquillo de asiento de cuero, y abriendo un registro que está sobre una destartada mesa, inscribió la siguiente razón: Sentencio a ñor Melchor a sufrir quince días de arresto o a pagar treinta pesos de multa, a escoger, por haber irrespetado los sentimientos religiosos del pueblo.

LIBROS

Ciencias, Artes, Novelas,
Religiosos y Música

en la

Librería Antonio Lehmann

Pida nuestras listas y folletos

A pocos minutos de Paraíso se encuentra una catarata de 600 pies de altura, llamada por algunos la cascada de la novia. Cuentan los que recuerdan, que ese nombre fué dado, debido a que a principios del siglo actual se efectuó un paseo en ese lugar, que dió origen a la leyenda.

Para celebrar la despedida de solteros, una popular pareja de novios realizó un paseo al Valle de Orosi. Salió de Cartago en alegre cabalgata, el grupo de amigos. Ellas graciosamente vestidas y montando a medio lado, como era la costumbre, luciendo caras frescas y bonitas. Los jinetes, con sus caballos "enjaizados", con albardas decoradas en plata, riendas de crín negras y roncadoras espuelas. Entre risas, se oían los gritos cortos, argentinos y dulcemente femeninos contra los sonos-

Origen de un nombre

Por Guillermo Castro Echeverría

ros, largos y vibrantes güipipías.

Por fin llegaron al maravilloso Valle de Orosi, lugar de espectacular belleza, donde parece que a Dios se le fué la mano el día que lo creó. Y hubo bailes, risas, algunos versos, muchos piropos, sonrisas cariñosas, miradas coquetas y picarescas, mucha alegría y algunos brindis. Se brindó

por ellas, por el futuro, por las mujeres; el novio por la novia, por su sonrisa, por sus ojazos grandes, por su pelo negro, por ese pelo cuidadosamente trenzado, más abajo de la rodilla, el cual el día de bodas, como dijo el novio, había que buscarle un velo de material tan transparente, que ni por un

momento ocultara a la vista, tan singular belleza.

Todo lo bueno termina. La cabalgata emprendió el regreso. Al pasar cerca de la catarata, que cual eterno guardián, siempre en atención cuida el espléndido Valle, el brioso caballo de la linda novia, por una imprudencia ya olvidada, se asustó de tal manera, que posiblemente loco y relinchando, se lanzó al abismo, llevándose con él a la novia buena, a la de los grandes ojazos, a la del pelo trenzado más abajo de la rodilla.

La leyenda ya se ha olvidado. Solamente el río, al lanzarse en el abismo, la recuerda y estrepitosamente la repite, en un extraño idioma que nadie puede entender... A pocos minutos de Paraíso se encuentra la catarata llamada por algunos la Cascada de la Novia.

Prosas del Indio Albizú Sánchez ESPERANDO

En un muelle largo, allá muy lejos, triste y solo, esperaba que una nave, vagabunda de los mares, trajera mi tesoro. Sentado en una orilla mirando al horizonte, pensaba muchas cosas: montar sobre las olas, correr sobre los mares, llegar al infinito... o hundirme en ese abismo, bajar profundamente buscando algún amigo y dar mi último abrazo al pulpo despreciable!

Y pasando lentamente los minutos por mi vida, como viento huracanado, se llevaban cada uno una historia de mis pensamientos.

Y mi alma entristecida vagaba en el espacio, dejando en su camino la huella del dolor. Cruzó todos los mundos tratando de ol-

vidar. Perdió las esperanzas y llorando conmigo se quedó.

Volví de mi letargo... La nave gigantesca lentamente iba llegando... Llegó al fin!

Estaba triste, creí que mi ilusión se había desvanecido con el tiempo. Sentí celos de mí mismo! Oh Dios que error! Si al verla oí que mi alma sonreía olvidando su dolor.

Esbelta, ágil, nacarada. Arpeggios musicales suspendidos en el éter con forma de mujer. Rayos de la luna enmarañados en la niebla, su cabeza. Mar profundo y misterioso su mirada. Mil corales y mil perlas en su boca y una aureola de sol en su figura. Modelo hecho por Dios para la Tierra.

LA NOCHE

Todos duermen... De pronto se oye un grito!

—Abuelita, abuelita, tengo miedo, es de noche...!

—Duérmete hija, que el Angel de la Guarda te acompaña.

No temas, piensa en Dios y El te ayudará.

UNGUENTO

ZEPOL

Contra:

- RESFRIADOS
- DOLORES
- CATARROS
- PICADURAS DE INSECTOS
- QUEMADURAS DE SOL

**¡de acción
permanente
en la piel!**

¡No se disipa!

**Un producto de:
LABORATORIOS ZEPOL**



—No abuelita, quiero oírte ese cuento que hace poco me narraste, aquel mismo que abuelito, días antes de morir, me contaba por la noche. Si abuelita, no me quieres?

—Bueno hija, bueno. Escucha la historia de un amor que ya los hombres olvidaron:

“Es el Cielo enamorado que reclama de su amante la presencia, y es el Sol que a las súplicas no atiende, prosiguiendo indiferente su camino. Es un diálogo terrible, donde está sintetizado que es al fuerte al que se quiere y es al bueno al que se olvida.

“El Cielo al mirar que no ha podido detener del Sol la mar-

cha y al sentirse sin valor para ser indiferente, en un lapso de locura lo aprisiona en su regazo y lo mata con un beso, pues le hiere el corazón. Piensa el Cielo muchas cosas. Sufre mucho con la muerte de ese amor que era su ideal. Busca entonces el más negro de los lutos para el traje de rigor y se viste con la noche que refleja su dolor”.

—Niña mía: Este cuento es la historia de ese Cielo enamorado y de ese Sol indiferente que se amaron con locura. Ves la Luna, es la lágrima de su alma arrempetida!

Tienes miedo ahora?

—No abuelita, estoy dormida.

Brújula Quieta

LA ESCUELA DE BELLAS ARTES exhibe una serie de pinturas, esculturas y dibujos, además de otras manifestaciones relacionadas con las Artes Plásticas, que representan el esfuerzo dirigido de un año de trabajo. Fuera de los alumnos regulares, existe también un grupo muy valioso, formado por egresados de la Escuela, quienes vuelven para continuar sus actividades con bases más sólidas, tratando de encontrar su camino y alcanzar su definición.

Ante la indiferencia de la crítica, me siento obligado a emitir algunas opiniones, con ánimo de que los artistas en potencia y algunos que ya lo son, no sientan que están exhibiendo en un desierto, como si las Artes Plásticas no constituyeran un fruto de la ineligencia y el exponente de la sensibilidad de un país y de una época.

No pretendo encontrar genios, ni en embrión, como tampoco sucede aún dentro de los que en Costa Rica, podrían considerarse como profesionales de la pintura. Además, la palabra genio, cargada de su lastre romántico, sirve poco para descubrir el talento de aquellos que han conseguido cristalizar a base de trabajo honesto.

En esta etapa de formación, las influencias son naturales y necesarias, después, el sentido crítico, ingrediente tan importante en la creación artística, ayudará a que el pintor descubra si está haciendo un mal matise, un realismo puramente descriptivo, un cubismo trasnochado, o cualquiera de los ismos que tuvieron su razón de existir y también su razón de desaparecer.

Considero esencial el contacto con el arte de todos los tiempos así como también el énfasis en el aprendizaje del oficio. La inocencia, para el que ha salido de

la infancia, no consiste en pintar como los niños, ese candor espontáneo no cuesta nada y desaparece con sólo el hecho biológico de crecer. El candor se conquista, paradójicamente a base de técnica, cosa que conocen muy bien los que se dedican a la música y al difícil arte de manejar el idioma.

Hay que tener en cuenta que se trata de la exposición de una Escuela de Bellas Artes. Don Abelardo Bonilla el año pasado hizo hincapié en esto y con razón, porque existen muchas cosas que son obvias pero sin embargo, conviene recordarlas. Así se explica que la mayor parte de los trabajos exhibidos, dibujos, pinturas, modelados, son ejercicios escolares de aprendizaje dentro de los cuales se destacan obras que trascienden otros valores. Podría señalar, un grabado de Olger Villegas, un paisaje al óleo de Olga París de Luján, un cuadro de Isabel Trullás etc., etc., pero quiero referirme a algunos de los alumnos a quienes puede juzgárseles porque ostentan ya una obra redizada.

Guillermo Jiménez, por ejemplo, hizo dos exposiciones individuales antes de pensar en su ingreso a Bellas Artes. La acogida que por parte del público tuvo en aquellas ocasiones, no le impidió cerrar los ojos a la conveniencia de someterse a una disciplina, puesto que la verdadera personalidad no desaparece con el estudio, sino al contrario, se enriquece con este. Al finalizar este curso, Jiménez exhibe una parte de lo hecho. Sus paisajes al óleo y varias de sus acuarelas y grabados denuncian un oficio de pintor puesto al servicio de una sensibilidad, un sentido de lo telúrico y una comprensión de la luz que son al mismo tiempo fines e instrumentos para conquistar posteriores.

Norma Pinto de Segovia revela un carácter y una vocación que se vuelcan en sus mejores cuadros dentro de un sentido dramático de la luz y el color, como en su paisaje con iglesia y su naturaleza muerta con máscara o, en algunas de sus figuras que asumen una pose escultórica

en ansia de plenitud y de concentración.

Virginia Castro, sin retórica de empastes y con un color personal, alcanza una gran delicadeza, aunque a veces se manifiestan los defectos de sus cualidades en cierta timidez o vacilación. Sin embargo, logra poner el color en función de la línea y demostrar que siente los modelos que pinta.

Por otra parte sus esculturas macizas y simplificadas hacen adivinar en ella un talento de escultora.

Milena Pinto de Zeledón, presenta este año unos pocos cuadros, pero se manifiesta con originalidad y fantasía, sin hacerse concesiones de ninguna especie y con sentido para manejar el color con intensidad.

Néstor Zeledón, quien se per-



fila en la pintura con dotes en esta dirección, tiene varias obras que lo acreditan como verdadero escultor, entre ellas, un desnudo, monumental en cuanto a impresión y contenido, en donde el valor emotivo del ritmo de las formas está realizado con economía de medios.

Cecilia Pastor, ha vuelto a Bellas Artes, después de egresada, para seguir con la independencia que siempre la ha caracterizado en su expresión artística. Pinta con una serenidad conquistada, semetiendo su temperamento a una disciplina en la que pesa y mide con su propio sentir la forma, la composición y el color. Sabe luchar frente a la tela y en algunas acuarelas y óleos consigue una versión honda y seria de los motivos que han sido el pretexto de su pintura.

Flora Pinto de Herrero, trabaja infatigablemente desde hace varios años en la Escuela de Bellas Artes, alerta siempre y sensible a todo aquello que signifique algo para su formación artística. Pinta espontáneamente con un goce físico de la materia y, con sentido de la síntesis afronta problemas pictóricos que resuelve con velocidad de pincel y de pensamiento, mucho más que las flores, parece interesarle la figura humana, así se explica la penetración obtenida en muchos de sus retratos.

Como en el caso de Jiménez, el número de sus telas permite seguir la evolución de su técnica y el despliegue de su sensibilidad.

Olger Villegas, a pesar de que presentó mejores obras el año pasado, merece considerarse como uno de los que más prometen en el campo de la escultura.

Favareto, exhibe en escultura, un desnudo que juzgo interesante, porque despreciando detalles anecdóticos pone el énfasis en la estabilidad de la figura y en las formas generalizadas.

Francisco Amighetti

LA LEGION DE HONOR es la más alta condecoración que el Gobierno de Francia otorga a quienes se distinguen como hombres de ciencia, de pensamiento, de ingenio. Poetas, artistas, literatos y estadistas, alcanzan, por lo general, esta distinción suprema. Con los artistas, con los poetas, con los literatos, con los catedráticos, la elección del Gobierno Francés siempre ha sido acertada. También con los héroes que han ex-

puesto su vida bajo la gloriosa bandera de Francia.

Los costarricenses tenemos que celebrar ahora la imposición de la Legión de Honor, en el grado de Caballero, a uno de nuestros más prestigiosos hombres de pensamiento: ENRIQUE MACAYA LAHAMANN, poeta, ensayista de grata prosa, maestro de juventudes en distintas cátedras de nuestra Universidad Nacional. A las múltiples facetas del saber que domina su talento, hay que sumar su gran humildad, su silencio franciscano que siempre calla cuanto concierne a su ilustre persona. Seguro de su valía, va por el mundo, como dijo Rubén, "con una humildad tan orgullosa que sólo las espigas comprenden".

BRECHA saluda a su eximio colaborador con este motivo, y felicita al Gobierno de Francia por tan positivo acierto.

VALIOSAS VOCES de aliento hemos tenido el gusto de recibir de Nueva York, de México, de Nicaragua y de Venezuela.

La primera nos llega de nuestro Representante en las Naciones Unidas, el poeta y comentarista don Alberto F. Cañas, quien, entre otras cosas, nos dice: "Esta es la primera vez que me encuentro con una revista costarricense que me puedo enorgullecer de distribuir entre extranjeros, salvo, por supuesto, el viejo y querido *Repertorio Americano*. Tienen ustedes que seguir adelante con esa empresa. No podemos dejar que se acabe". Ojala continué enviándonos su valiosa colaboración el buen amigo Beto.

La segunda voz de aliento es del poeta y prosista Alfredo Cardona Peña, desde México. Nos promete seguir mandándonos su colaboración. Nos dice: "Muy bien por BRECHA. Hacía falta una publicación así en Costa Rica. Estoy encantado".

La tercera viene de Nicaragua, del poeta Fernando Luján. Nos dice: "Estoy entusiasmado con BRECHA. Procuren mantenerla en tan alto nivel. Mándenme varios números para colocarlos aquí. ¡Plus Ultra!" También nos ofrece colaboración.

De Venezuela nos viene la cuarta voz. Es del múltiple Manuel de la Cruz González, quien ya nos ha dado varias colaboraciones. "Estoy entusiasmado con BRECHA —nos dice— y todos los que la han leído aquí se muestran muy satisfechos. Mi granito de arena no les faltará".

Para todas nuestras más sinceras gracias.

San José, 21 de Nov. de 1956.

Señor don

Arturo Echeverría Loría.

En la ciudad.

Mi estimado amigo:

Con gran interés he leído los tres números de *Brecha* ya aparecidos. Y con alegría. Nada de lo publicado me ha parecido inútil, y sí he encontrado que es mucho, mucho, lo bueno. Está usted trabajando bien y haciendo un bien. Con *Brecha* me he alegrado, sobre todo, porque ella me pone en contacto con los jóvenes, en algo así como una reunión amigable en que ellos me han dicho de sus ansias, de sus disciplinas, de sus aptitudes. Algunas cosas de las escritas por los muchachos no las entiendo. ¿Por qué ser insincero y fingir una amplitud espiritual que no se tiene?

Algunas cosas no entiendo, pero no las menosprecio. Comprendo que la poesía—en general el arte—necesita un campo abierto, que se extienda más allá, pero mucho más allá que los límites de los predios de la lógica, y del afecto también; que el hurgar en los escondrijos del alma es tan legítimo como quedarse a flote en el estanque anímico; sé además que a los poetas nuevos se les deben hallazgos admirables. Pero por eso no puedo negar el valor de los viejos. Ya la poesía no es sólo pensar alto y sentir hondo; el hombre ha descubierto dentro de sí mismo filones en que también brilla el oro y titilan los diamantes; pero los que tal pensaron también hallaron diamantes y oro en otras vetas; porque la belleza está en todos los lugares y en todos los tiempos: en donde quiera que hubo una ansia creadora, sea en Berceo o en Lope o en Góngora o en García Lorca, sea en Alfaro Cooper o en Brenes Mesén o en Alfredo Sancho. Y créame que estoy haciendo lo posible por comprenderlos a todos del todo; los leo con cariño; quiero estudiarlos; y ahora si no los logro en su totalidad, sí encuentro joyas en todos los nuevos. ¿Quiere usted, por ejemplo, algo más sugestivo, más insinuante, más evocador que la Balada con Regreso Constante de Alfonso Ulloa Zamora: cada verso es una imagen, una imagen fugaz, pero cabal, que va dejando campo a otras que también pasarán, y se queda uno

esperando el regreso y sintiendo "en el alma el poema clavando sus raíces de nada y de recuerdo".

Otra cosa importante es que usted haya abierto todas las ventanas de la casa, y así entren en ellas las brisas de todos los rumbos y las luces de todo el firmamento. Porque de los de ahora veo desfilar hombro con hombro a gentes de todas las edades y todas las tendencias, y de los de siempre, allí van Góngora y Darío; allí García Lorca y San Juan de la Cruz, el exquisito lírico. Así me gustan las revistas, con las ventanas de la casa abiertas de par en par. García Monge ha mantenido así su Repertorio Americano; por eso ha vivido, y ya bastante tiempo; si cumpliera las bodas de oro!, y esa larga vida le deseo a *Brecha*, y a usted, mucho regocijo en su entusiasmo.

Su amigo,

Hernán Zamora Elizondo

NUESTRA ILUSTRE colaboradora doña Angela Acuña de Chacón ha sido propuesta por la sección nicaragüense de la Unión de Mujeres Americanas, como Mujer América 1956, lo cual vendrá a sumar un nuevo galardón en los muchos que con su talento y dedicación a la causa femenina ha conquistado la señora de Chacón.

BRECHA aplaude con todo entusiasmo la moción nicaragüense, y decididamente se adhiere a ella.

MOISES VINCEZI se nos va para El Salvador. Va a dirigir una escuela a otras tierras. Por casi tres años estuvo dando "el sudor de sus sesos" a "La Prensa Libre", escribiendo la columna "Bandera Blanca", la más interesante del periódico y tal vez de todas las columnas de la prensa nacional, aunque a veces recargada de filosofía. Pero Vincenzi es un filósofo y así tenía que ser. Sin embargo, los tiempos que corren son para el mercader y no para el filósofo, ni para el artista. Vincenzi hablaba mucho y muy bellamente de Grecia en su columna, y el ambiente no está para otras cosas que para oír hablar de Fenicia. Es la tragedia costarricense, mucho más terrible que las de Esquilo y Sófocles.

¡Buen viaje, compañero! Que los vientos de Cuzcatlán te sean propicios y sepan refrescar tu

frente y tu seso, siempre inquieto, siempre alerta a las vibraciones celestes.

EL TEATRO ARLEQUIN comenzó de nuevo su temporada. Esta vez han venido ensayando cuidadosamente algunas obras que sin duda alguna sorprenderán al auditorio. Pocas veces se ha visto una empresa artística tan bien organizada como esta que dirige el Ingeniero Lenín Garrido Llovera y que está haciendo una labor de cultura a la par de la que se hace en cualquier otro país con mayor tradición teatral.

Junto a él, Jean Moulaert y los actores desempeñan su labor eficiente y honrosa para el arte tico. Ya podemos decir que con el Arlequín, nuestra pequeña tierra cuenta con un vehículo de arte de gran importancia y les sugerimos extender su radio de acción, que salga el grupo a provincias, que lleve el espectáculo a otros lugares, que se imite la benemérita "BARRACA" del Poeta García Lorca, que el teatro llegue al pueblo.

"EL SISTEMA, DOS" y "Mis tres Angeles" son las nuevas obras de teatro que se presentan en la temporada de fin de año en el Teatro de Cámara de la Universidad de Costa Rica, "El Arlequín".

Jean Moulaert está trabajando en la dirección de ambas, mientras prepara una jira de fin de semana a Puntarenas con el propósito de presentar allá—en el Liceo José Martí— "La Ventanilla", "El Mueble" y "Noches de Chicago".

"El Sistema Dos" es de Neuveux, autor francés contemporáneo, y en la representación tendrán a cargo papeles Marius Ferrat y Antidio Cabal, Carlos María Jiménez, Virginia López Calleja, Joselina Coello, Vinicio Corroles y Carlos Moya; "Mis Tres Angeles" se dará en inglés con la colaboración de elementos de "The Little Theatre Group", y trabajarán en ella Bruce Patchen, Mona Bunker, Sietske Sillem, William Wagner, Kenneth Mc Kormich y Ann Haines.

"El Sistema Dos" se estrenó el jueves 29 de noviembre; "Miss Tres Angeles" el martes 11

de diciembre. Simultáneamente con la primera de esas obras se abrirá en la Sala de El Arlequín la primera exposición individual de Néstor Zeledón hijo, un magnífico escultor.

TAMBIEN la Escuela Libre de Pintura, la Casa del Artista hizo su exposición.

Esta escuela fundada hace ya algunos años por Ranucci y Olga, tiene ya a su haber un saldo de triunfos debido a su perseverancia. Sobre obstáculos de orden económico, saltando y renqueando a veces, la Escuela Libre de Pintura se sostiene y hace labor. Nuestra felicitación a sus profesores y animadores, y a los alumnos que le quitan tiempo al ocio para dedicarlo a las artes creadoras.

LOLITA ZELLER DE PERALTA. En estos días se ha venido exhibiendo una exposición de óleos de la distinguida señora Lolita Zeller de Peralta, quien con sus pinceles y su poder creativo, ya ocupa un puesto en las filas artísticas del país, destacándose principalmente en el difícil trabajo del retrato. Es esta una exposición de la señora de Peralta, en que ella ha demostrado sus dotes de pintora, su penetrante inteligencia interpretativa en el retrato, su concepción de belleza y su técnica en la pintura. Para doña Lolita, las felicitaciones de BRECHA.

SEMBLANZAS, último libro del incansable Carlos Fernández Mora, ya anda en la calle. Tuvimos el placer de recibirlo, con la sacramental dedicatoria, que mucho agradecemos.

Por sus gratas páginas desfilan muchos de nuestros valores nacionales, viejos, medio viejos y jóvenes. Son apuntes hechos con verdadera agilidad mental y legítimo talento. Lástima y grande es que cada perfil no lleve otro perfil dibujado, de cada semblanza. Entre los semblanteados está Noé Solano, el del lápiz mágico, quien muy bien pudo haber hecho esas siluetas.

Fernández Mora es ya veterano en nuestras letras. Su obra es abundantísima, aunque, desgraciadamente, la mayor parte anda suelta en revistas y periódicos. Ayer no más nos regaló con su interesantísimo "Anecdo-

tario Nacional", que fue un éxito de librerías. Hoy viene a halagarnos con "Semblanzas", que sin duda tendrá igual éxito. Ojalá.

EN NOVIEMBRE tuvo lugar el merecido homenaje que la ciudad de San Ramón rindió a su poeta Carlomagno Araya.

Al contemplar estas bellas cosas, los escépticos nos quedamos sorprendidos y encantados, y volvemos la cansada vista a los verdes laureles, para tomar aliento y para aplaudir.

Pien se merece Carlomagno este y todos los homenajes que se le hagan, y nuestro esceptismo, entusiasmado, le bate palmas y le estrecha la diestra.

POR GESTIONES de la intelectual Pilar Bolaños, el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, República de El Salvador, editará las novelas "El Moto", "Abnegación" e "Hijas del Campo" de don Joaquín García Monge.

El poeta Ricardo Trigueros de León, ha escrito a Luis Ferrero Acosta para que prepare la edición con estudios críticos y gloriosos.

Las ilustraciones serán encargadas al dibujante y escultor Juan Manuel Sánchez.

GARCIA MONGE. Cuando se habla del Maestro García Monge, hay que hacerlo con reverencia. Su labor continental ha unido los pueblos de nuestra América y a los valores literarios en su **REPERTORIO.** Ahora **ANDE** lo hace Presidente Honorario de su Asociación y con el abrazo fraterno al maestro García Monge, va nuestra felicitación a los educadores que han sabido honrar al más ilustre de todos los cosarricenses, el continental García Monge.

UNA INTERESANTE conferencia dió la señorita María Teresa Fricke en el Teatro de Cámara de la Universidad de Costa Rica. "El Arlequín", en la noche del lunes 5 de noviembre pasado.

"Idea del teatro" fue el título de la charla que desarrolló con fluidez y amenidad la distinguida actriz del Teatro Experimental de la Universidad de Chile.

La señorita Fricke se encuentra en nuestro país pasando una temporada al lado de parientes

PARA APAGAR INCENDIOS

USE EL EXTINGUIDOR APROPIADO



Solicite información en la

**OFICINA DE SEGURIDAD
E HIGIENE DEL TRABAJO**

MINISTERIO DE TRABAJO
y
PREVISION SOCIAL

San José, Costa Rica

suyos que aquí residen, y ha tomado a su cargo un grupo de estudiantes de la Universidad para realizar una labor de docencia dramática de mucho interés. Dentro de pocas semanas presentarán el entremes de Cervantes "La Guarda Cuidadosa".

En su disertación la señorita Fricke explicó con detalle la organización y funcionamiento del Teatro Experimental de la Universidad de Chile y luego hizo una reseña de la forma cómo preparan y montan en lo particular, una obra teatral. Definió el trabajo específico que han de cumplir en la materialización de una pieza dramática el director de escena, los actores, los técnicos, etc.

Al finalizar la charla se produjo un cambio de ideas de especial interés acerca de la efectividad de los métodos docentes preconizados por la conferenciante. En él tomaron parte distinguidos asistentes, entre ellos el señor Embajador de Chile, don Augusto Millán Iriarte, don Francisco Salazar, don Carlos Salazar Herrera, el señor Jean Moulart y la señora Virginia Grutter y el Director de la Asociación de Teatro de la Universidad, Lenin Garrido.

LA COMISICN de investigación histórica de la campaña de 1856-1857 ha publicado un libro: DOCUMENTOS RELATIVOS A LA GUERRA CONTRA LOS FILIBUSTEROS. Tal vez es este el libro que más interés y vaya a interesar a las futuras generaciones de historiadores. En él se recopilan muchos inapreciables documentos que servirán, a no dudarlo, al verdadero estudioso que desee escribir la historia de nuestra única epopeya. Se viene a cumplir en parte con lo que le debemos a nuestros antepasados, al hacer esta clase de publicaciones, que demuestran que, a pesar de todo, hay gentes que se interesan por esas cosas tan nuestras como son los hechos antecedentes y desenvolvimiento de la campaña de 1856-1857, que tuvieron como protagonistas principales a Mora y a Cañas, pero que en realidad tuvieron como principales actores a TODO UN PUEBLO que no sirvió de comparsa, sino de fuerza viva y viviente que derrotó un principio de gobierno: esclavitud, y dió un ejemplo honroso al mundo: haciéndole comprender que la dignidad del

pueblo está sobre su pequeñez.

Felicitamos a la Comisión Investigadora, que ahora sí, esta investigando.

EL CENTRO MEDICO CULTURAL es digno de que se le mencione con LETRA GRANDE. Ya lleva muchos años de labor dentro de la profesión médica y tiene a su haber una serie de conferencias y veladas musicales que honran a sus promotores, sobre todo al doctor Alvaro Montero Padilla, espíritu inquieto y fino que comprende la importancia que tiene el restarle a lo cotidiano unos minutos para darlos al espíritu, y ese ha sido su primordial esfuerzo al crear este centro cultural médico que ya prestigia a nuestra tierra, tan estéril en esta clase de movimientos, tan indiferente a otra cosa que no sea los vientos que soplan de Fenicia.

UN LIBRO DE CUENTOS.—

El avispero fue un principio. Ya alborotado, su causante tiene listo el libro de cuentos que muy pronto y con ilustraciones de Juan Manuel va a ser impreso. El autor, MARIO PICADO UMAÑA, promete darnos un buen libro. Por las nubes se saca el día, y la nube del "avispero" desató una tormenta de inquietudes. Queremos y esperamos más cuentos de Picado Umaña.

YOLANDA OREAMUNO

Brújula quieta está inquieta por esta noticia que de muy buena fuente hemos sabido: la poetisa EUNICE ODIO, que reside en México, recogió toda la obra inédita de nuestra recordada YOLANDA OREAMUNO, y está ya en negociaciones con una casa editora salvadoreña que va a hacer la edición de los papeles literarios de Yolanda. Tenía que ser El Salvador o cualquier otro lugar de América, menos Costa Rica, al que le tocara esa honrosa tarea. Le deseamos a la buena Eunice Odio toda clase de éxitos.

BALLET

La bailarina y coreógrafa holandesa Siskie de Iongh, con el maestro Arnoldo Herrera, se proponen hacer un ballet negro que llevará tal vez el título de POCOMÍA. Y estará basado en

las leyendas negras ya tamizadas por el trópico nuestro y el rito de brujería que tiene sus seguidores entre algunos negros de la Línea y de Limón. El trabajo de argumento se le encargará a un escritor tico y la coreografía y la música estarán a cargo de la de Iongh y Herrera. Esta noticia escueta de tan importante evento artístico no tiene otro fin que el de informar. También se nos ha dicho que el Liceo Nocturno de Limón cooperará en la búsqueda de fuentes musicales y de leyendas que puedan guiar a la coreógrafa y al músico.

CLEMENCIA MARTINES Y SU ESCUELA DE BALET

Nos complace hacer una nota sobre este evento cultural: Dynelandia y Divertisment, que alumnos de ballet, bajo la dirección de Clemencia presentaron en el Teatro Nacional. Es un esfuerzo de depuración artística muy loable lo que esto significa y por ello felicitamos a los simpáticos y pequeños artistas y a su maestra de ballet, Clemencia Martínez.

MOMENTOS...

Con una carta que enaltece nuestra labor cultural, hemos recibido el libro de poesías de José Bernardi Mas, que se titula "Momentos"...

Bernardi Mas, español de cepa, convive entre nosotros desde hace algún tiempo y es un preocupado por la cultura; prueba de ello este su primer libro de poemas que edita en nuestra tierra. Fue impreso por la Empresa Editora Las Américas y responde a una calidad de poesía muy variada, de extracción romántica, en cuyas gamas encontramos expresados los más diversos sentimientos. Es su primer libro y ya apunta en cada estrofa su indomable voluntad poética, su deseo de superarse, de llegar al alma de las cosas, de comprender lo que es ese misterio poético que nos lleva a escribir y a intentar volcarnos en palabras. Todo intento es loable y este de decir o tratar de decir las emociones del alma, es más que ninguno otro:

"He cerrado los labios fuertemente
para evitar que salgan las palabras,
que aún vestidas del mejor ropaje
no pueden reflejar la marca
de las telas con que viste el alma..."

Bernardi Mas lo sabe y así lo comprende y lo dice en su poesía. Intenta en su libro llegar hondo a lo desconocido. Mucho agradecemos su envío.

CONSULTE SUS PROBLEMAS DE CRIANZA NUTRICION Y ENFERMEDADES DEL GANADO

a los

LABORATORIOS VETERINARIOS CRESPO LTDA.

Completa especialización en VACUNAS, ALIMENTOS,
MEDICINAS, INSTRUMENTOS Y ENSERES PARA LECHERIA,
DE LA CASA FORT DODGE LABORATORIES INC.
LOS MEJORES PRODUCTOS VETERINARIOS.
Apartado 599 - Cable "LAVECRE" - Teléfono 1714

Y LA BODEGA GANADERA CRESPO Ltda.

ALIMENTOS CONCENTRADOS PARA GANADO Y AVES
DE CORRAL
Teléfono J-2091

Ambos bajo la supervigilancia de su propietario:

DOCTOR VICTORIANO CRESPO S.

MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria.

Maquinaria Agrícola en una línea completa.
Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).
Motores Diesel "Pelter".
Equipo para construcción de carreteras.
Compresores de aire "Worthington".
Equipo de Refrigeración.

Soldadoras Eléctricas y Autógenas "Marquette".
Bombas para agua "Worthington".
Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".
Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".
Palas Mecánicas "Link-Belt".
Quebradores de Piedra "Universal".

Surtido de Repuestos.

Taller de Servicio.

Consulte nuestros planes de Financiación.

EDIFICIO INTERNATIONAL

50 varas Norte Hotel Europa.

Teléfonos: 5830 - 5831

Apartado: Letra "A".

CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION

FRIJOLES ROJOS DE MAGNIFICA CALIDAD

El Consejo Nacional de Producción pone en conocimiento del público consumidor que mantiene a la venta FRIJOLES ROJOS DE MAGNIFICA CALIDAD al detalle, al precio de

¢ 0.65 la LIBRA

en los siguientes expendios:

LOS SILOS
GATO NEGRO
BORBON
BARRIO CUBA
CINCO ESQUINAS
SAN FRANCISCO
GUADALUPE
SAN IGNACIO DE ACOSTA
(P. A. N.)

MORAVIA
ZAPOTE
DESAMPARADOS
ALAJUELITA
TRES RIOS
HEREDIA
ALAJUELA

CARTAGO
PURISCAL
OROTINA
SAN CAYETANO
PUNTARENAS
BARRANCA
HARINERA